Autor: Víctor Hugo Visearía. Paceño, nacido el 2 de enero de 1958. Más allá de romantisismo, se autonombra "guerrero", siendo una de sus frases favoritas: "El trago o yo". Ha publicado además: *Coba: lenguaje secreto del hampa boliviano*, y *Relatos de Víctor Hugo*, ambos agotados.

Título: *Alcholatum & otros drinks:* Es decir, un mundo al margen: rateros, alcohólicos, prostitutas, "polillas", noctermiegos, fracasados..."

Subtítulo: Crónicas para gatos y pelagatos. Los que no son gatos (tal vez los hermanos del autor) son simples pelagatos (el resto de los mortales).

Género: No solamente crónicas, sino también cuentos y relatos, y al final de cuentas, como dice Vicky Ayllón en el prólogo, autobiografía sin dejar de ser literatura. Todo lo cual a su autor, lo tiene sin cuidado.

Ambiente: Si no se trata de los barrios menos recomendables de La Paz y Cochabamba, mínimamente ha de ser de noche y con frío, mucho frío.

Editorial: Correveidile. Una locura total. Una ocurrencia de los mismos irresponsables de la revista Correveidile. Que desde hace cuatro años "nos viene con cuentos". Pretende seguir publicando obras de creación "en estos tiempos", para que, junto a usted, lector, podamos recorrer los nuevos y viejos, y tan venidos a menos, caminos de la literatura boliviana.

CORREVEIDILE

Víctor Hugo Visearía

Alcholatum
& otros drinks

Crónicas para gatos y pelagatos

Victor Hugo Viscarra

Alcoholatum & otros drinks

Crónicas para gatos y pelagatos

CORREVEIDILE

Prólogo

Debo iniciar este prólogo con un reconocimiento y una culpa, ya que no me ha sido posible cumplir con la solicitud de la Editorial Correveidile de escribir un "acercamiento biográfico" a Víctor Hugo Viscarra. Disfruto de una amistad, añeja ya aunque fresca siempre, con este autor y, además, conozco el conjunto de su obra editada y parte de la inédita. Con tales antecedentes se comprenderá que la culpa es grande y es el objetivo de este texto poner en palabras lo que ha sido mi búsqueda de Víctor Hugo Viscarra, escritor.

En 1981, la Editorial Isla pone en circulación, en formato pequeño, *Coba: lenguaje secreto del hampa boliviano* de autoría de Víctor Hugo Viscarra. Dada la tradición de esta editorial, más bien parecía tratarse de un texto antropológico o más propiamente etnográfico de una realidad específica de la ciudad de La Paz. Así, Víctor Hugo aparecía más como un investigador social que como un escritor literario. Este dato, irrelevante entonces, se torna hoy como revelador en el conjunto de la producción literaria de este autor, como trataré de sustentar a continuación. Once años después, en 1991, la Oficialía de Cultura de Cochabamba reedita este texto que hasta entonces seguía marcado con una identidad de obra referencial del lumpen paceño; el *Coba* de Víctor Hugo no dejaba de ser un diccionario.

En 1996 aparece *Relatos de Víctor Hugo* una colección de relatos (y nótese que asevero relatos y no cuentos) cuya lectura no pude jamás desprenderla de la memoria del *Coba* no tanto porque el autor era el mismo, o porque el entorno referido era el mismo, sino y sobretodo porque estos relatos tejían voces, personajes, situaciones y reflexiones sobre la base de los significantes antes enumerados en el *Coba.* ¿Estábamos entonces ante una escritura ficcional? Varios y entre ellos yo misma creímos que sí, frente ,a algunos otros criterios escépticos que mas bien asimilaban esta escritura al testimonio. Esta primera certeza fue confirmada por la magistral puesta en escena del relato *Anoche en un putero,* por el actor Jorge Ortiz: si funcionaba como base de drama, no podíamos estar menos que ante un texto evidentemente literario. Pero también es cierto que avizorábamos ya ciertas zonas conflictivas —recurriendo a cierta frase cliché— en su escritura por determinados ámbitos imposibles de asumirlos al cuento aún sea que utilicemos un concepto muy noble y amplio del término. Creo que esta duda formaba parte también de las digresiones del autor, quien parecía haber necesitado delimitar en el título de su libro una escritura inasible, ni mejor ni peor que el cuento, diferente, variada y caótica en todo caso.

La lectura de los relatos que ahora saca a luz la Editorial Correveidile me confundieron todavía más, ya que, en conjunto, no se tratan de cuentos aunque algunas piezas sí pueden calificarse como tales. Pienso, por ejemplo en *La loca Esperanza, La Mama* o *El corredor de la Catedral,* los que, sin duda, son una bella muestra del género. Pero, más allá, ¿ante que estábamos? ¿Qué finalmente se llama esta riqueza escritural innominable? ¿Y finalmente, tenía alguna importancia calificar esta narrativa? Creo que sí, porque encarar, enfrentarse a un texto, precisa, en primer término, adivinar, asir su identidad. Al igual que otras entidades, la

identidad de un texto se construye en relación consigo mismo y con otros textos: la similitud y la diferencia marca identidades también textuales.

Con tales argumentos, y sin dudar, supe que nos enfrentábamos mas bien a lo que se llama crónica. No histórica aunque sí literaria y si bien lo de histórico versus literario es siempre difícil de separar en la crónica, la literaria ha de trabajar el texto desde las claves sobretodo narrativas, antes, o por encima, de las claves de fidelidad de los hechos. Pero Víctor Hugo hizo con nosotros lo que hace su texto en los lectores, ya que esa seguridad alcanzada en años de leer su obra y elaborar disquisiciones, nos sería una vez más echada abajo, cuando nos da a conocer partes de lo que él mismo denomina su autobiografía^ a fin de elaborar un formal "acercamiento biográfico del autor". Y es que el texto autobiográfico de Víctor Hugo no es nada distinto, absolutamente, sino más bien una parte, antecesora o predecesora de lo que él ha calificado como sus cuentos.

Vacía, sin más arma que la pregunta, ¿ante qué clase de texto estoy?, la lectura de los pasajes autobiográficos me permitió al fin cerrar el círculo ya que desde el *Coba* hasta los papeles autobiográficos, la obra de este autor es, en verdad, una autobiografía.

Ahora bien, sabiendo que me arriesgo a una aseveración peligrosa y, posiblemente, que el propio autor rechace, quisiera justificar esta nueva calificación aunque creo que no será la última, tal como ha venido la mano de este esquivo Víctor Hugo.

El resquemor que causa la autobiografía como género literario viene desde su adscripción a género literario. El canon suele eliminarla de los géneros "estrictamente" literarios junto al testimonio, la biografía, la misiva y otros. El supuesto es que prima

la relación de hechos antes que la ficción o la poética y, en ese sentido, no son realmente productos literarios. Por otra parte, no puedo dejar de recordar que la historia de la literatura, especialmente latinoamericana, ha creado una especie de contrapropuesta al canon, precisamente desde esas zonas que no en vano han sido calificadas de "marginales", sea por su relación discriminada frente al canon, o sea —mas importante para mí— que han sido soporte para escrituras marginales.

Decía, líneas arriba, que el *Coba,* los *Relatos de Víctor Hugo y* el presente volumen, forman parte de un todo autobiográfico. Y es que si algo relaciona a estos textos tan diferentes entre sí, es la memoria no tan sólo del yo enunciativo, sino también de un entorno. En ese sentido, esta obra es una exposición y/o exhibición de una evocación, no de lo sucedido o lo acontecido, sino de la figuración del pasado desde el presente de un sujeto. Estamos, entonces, ante una construcción narrativa que refiere a un yo individual, que es también una construcción narrativa, una autofiguración. No hay un registro de los hechos, todo lo contrario, hay una evocación narrativa, lírica a veces, literaria siempre.

En este contexto, me parece que "reliquia" es la palabra que dibuja, sintéticamente, este conjunto escritural, porque la reliquia es no sólo lo antiguo; es, sobretodo, el vestigio, el trazo, a veces sólo el resto, fragmento, parte o partícula de una realidad que se arma a través de la memoria. ¿Es posible, sin embargo, una memoria exclusivamente particular del sujeto? Digo, ¿es posible una memoria individual sin una memoria colectiva? ¿Cómo trabaja esto la autobiografía en general y la de Víctor Hugo en particular? Porque es cierto que este género tensa las relaciones entre narrador y mundo narrado, entre mundo público y privado, entre sujeto y nación. A mi modo de ver, esta

tensión se recrea y a veces se resuelve en los lugares de la memoria que reflejan las dimensiones colectivas del universo narrado. Pienso en *Las carpas,* que bien puede ser un relato de Víctor Hugo, o bien su autobiografía. El relato hace referencia a una cantina "ubicada tan sólo a trescientos metros de la Basílica de San Francisco (...) que no es tan sólo una más de las Cantinas de mala muerte (...), es el epicentro de la creación humana". Espacio de creación de lo que en el *Coba,* Víctor Hugo calificaba de "hampa"; de la "otra" ciudad para los que la viven dividida; de la muerte y de la vida; espacio de creación, también, de un tal Víctor Hugo Viscarra.

Virginia Ayllón
Noviembre de 2000

Barrio marginal de una dudad cualquiera.
Lugar geográfico que no figura en guías
turísticas ni planos urbanísticos.
Escenario de tragedias, incestos, asesinatos
y reyertas. Caldo de cultivo social apetecido por
estudiantes y universitarios que lo visitan
esporádicamente para luego especular en sus trabajos
prácticos e investigaciones. Refugio de humildes
emigrados del campo, prostitutas,
delincuentes y mendigos.
Calles sinuosas y eternamente polvorientas transitadas
par los marginados, los niños, las enfermedades y la
muerte. Permanente foco de infección y degeneración
social atiborrado de basurales en los cuales los
menesterosos y los animales se disputan algún
desperdicio que les sirva de alimento.
Barrio marginal donde los puestos de venta de
productos alimenticios son mínimos en relación con
las cantinas, chicherías y antros de mala muerte.
Muchachitas de diez o doce años de edad que no
saben lo que es la prostitución pero que la practican
desde hace tiempo, recibiendo, a cambio de sus
esfuerzos de abrir las piernas, un plato de comida,
algunos billetes devaluados o una golpiza.

Lugar preferido por politiqueros y aprendices de dirigentes que a regañadientes van por allí a ganar votantes ofreciendo el cielo materializado en la tierra, mientras a cada momento perfuman sus narices debido al olor nauseabundo de la pobreza. Eterno "agosto " para especuladores, agiotistas y charlatanes; campo de entrenamiento para las fuerzas del orden. En fin, barrio marginal en el que vivimos yo y los míos.

Allí donde los hombres ponen fronteras al horizonte

Ni siquiera han pasado tres días desde la última vez que tuvimos la oportunidad de tomarnos unos tragos con don Facundo, cuando me avisaron que había muerto y que su cadáver se estaba velando en la casa de su comadre Tiburcia. La verdad es que me pusieron en un gran aprieto en esos momentos porque yo no tenía dinero; así que tuve que ir hasta el Barrio Chino a vender el único par de zapatos que tenía en buen estado, para contribuir a que el cadáver de Facundo se velara con alguito de decencia por lo menos.

Serían las cinco de la tarde cuando, de vuelta a mi barrio, escuché la voz del Cuchillitos que me llamaba desde la puerta de la cantina de la vieja Mercedes:

—Hey, venite que te invito unos tragos.

—Ahora no puedo —fue mi respuesta.

—¿Acaso tu ñata te domina como a llokalla?—gritó el Cuchillitos mientras reía por su ocurrencia que, para él, era de lo más original.

—No es eso —le dije—, es que tengo que ir a dar mi cuota para el velorio del Facundo.

—Pero si por unos tragos no te vas a morir vos también.

—Te aceptaría si fuera en otra ocasión.

—¡Yaaaaa!, parece que más bien le tienes miedo a la Elena, que, me han dicho, te domina como a su ovejavo.

— ¡No hables macanas!, sabes que no me gusta que se metan con ella, porque en ese caso tendría que hablar de las verdades de tu ñatita, y vos sabes la fama que se gasta entre los giles que dicen tantas cosas de ella...

No me dejó terminar, tomándome de un brazo me metió a la cantina y me condujo hasta una de las mesas. Tras hacerme sentar en una silla, pidió a la dueña que nos trajese una botella de trago al tiempo que agregaba:

—No te enojes, hermano, es que tengo una bronca bien fulera y quería tomarme unos tragos con un amigo para olvidarme de las cosas que tanto me están haciendo sufrir como condenado.

—¿El gran Cuchillitos sufriendo por culpa de una negra? —le espeté mientras me reía.

— ¿Sufrir por negras, yo?, nunca. Es que me remuerde la conciencia el haber sido causante indirecto de la muerte de don Facundo y eso no me deja descansar ni un solo momento— agregó.

La vieja Mercedes nos trajo la botella que le habíamos pedido, le cancelamos el importe y se alejó, al tiempo que decía que nos deleitaría haciéndonos escuchar el último cassette que se había comprado de ocasión. El Cuchillitos quedó callado y como yo sabía que en esas circunstancias era mejor dejarlo así, serví el trago en las dos copas mientras miraba si entre el resto de los clientes había algún conocido con quien compartir un brindis. Con excepción de dos desconocidos que estaban bebiendo hechos unos giles en dos mesas separadas, no había nadie más en el local, aunque no sé si sería correcto llamar "local" a esa pocilga. La pieza era de unos cuatro metros cuadrados y sus paredes,-anteriormente rosadas, estaban plomas de tanta suciedad acumulada. Para disimular algunas partes desportilladas de las paredes, la dueña había pegado algunos cuadros multicolores de esculturales artistas de cine que posaban desnudas y parecían mostrar a los clientes que así eran de bellas las mujeres para la gente que tenía plata hasta para limpiarse el trasero. Las mesas, impregnadas de trago, más que mesas de cantinas parecían criaderos de moscas alcohólicas revoloteando alrededor de los escasos clientes. En el mostrador, empolvadas botellas vacías daban un toque añejo a la mesa donde un anafe encendido calentaba la olla con agua que servía para preparar los tragos. Una grabadora hacía escuchar la voz melindrosa de un cantante de valses peruanos que se lamentaba del rechazo sentimental que sufriera allá en su Lima morena.

— El trago se hizo para beber, no para ver —musitó tras largos minutos el Cuchillitos.

— Pero si vos te pones a papar moscas, no te voy a estar rogando como si fueras la enamorada de Kalimán — repuse.

— Es que me da mucha bronca que justamente cuando yo estaba con la hija del Facundo en pleno funquifunqui, nos haya pescado el viejo y por eso se haya dedicado a tomar como maldito, hasta que la huesuda se lo tuvo que llevar al cementerio.

—¿Y acaso vos no sabías que ella era aficionada a revolcarse con cualquiera?

— Precisamente, pero el fato ha sido que el Facundo nos pescó en su casa y por poco me agarra a puntapiés porque, según él, yo había estado faltando al respeto tanto a su casa como a su difunta esposa, que también era otra que tenía una especie de calentura vaginal y fajaba hasta con sus compadres.

— Oye, Cuchillos, no te metas con los difuntos porque cuando vos te mueras, lo más lógico va a ser que también hablen mal de vos, y tu alma no va a tener descanso allá en el infierno, donde es segurito que se va a ir.

Mira, che, mejor nos serviremos y dejemos de hablar de muertos y de infiernos, que eso recién se hablará

esta noche cuando vayamos a la casa de la comadre del Facundo, y en el velorio tengamos que decir "Qué bueno que era el Facundo, si joven todavía era, por qué se habrá muerto" —fue la frase final del Cuchillitos.

Apuramos hasta el fondo el contenido de nuestras copas, mientras los dos solitarios de las mesas cercanas se sumergían más y más en sus abstracciones y recuerdos.

Mientras seguíamos hablando de temas intranscendentes entró al local y se acercó a nuestra mesa Policarpio Colque, un inútil que por no trabajar en algo decente se metió a trabajar de guardaespaldas de un Honorable.

— Cómo están, che —fue el parco saludo que nos lanzó con ese airecito de autosuficiencia tan peculiar y del cual solamente se desprendía cuando se le recordaba que, hasta antes de entrar a trabajar con el Honorable, estaba predestinado a terminar su vida como k'epiri del mercado Rodríguez.

—Aquí nomás estamos —contestó el Cuchillitos observando cómo Policarpio se quedaba hecho un opa con la mano extendida en el aire.

—¿No saben contestar a un saludo? —preguntó la persona a la que no podíamos considerar nuestro amigo.

— Sabemos —contestó nuevamente el Cuchillitos—, pero simple y llanamente no nos da la gana de contestar un saludo que no es obligatorio, y como estamos viviendo en un país democrático... tú qué te imaginas.

Policarpio quedó hecho una furia. Tanto la dueña del local y su hija (que en esos momentos había entrado a la tienda trayendo una botella llena de alcohol para reemplazar la que se había vaciado), como los dos solitarios que bebían en mesas separadas, habían sido testigos del desafío velado del Cuchillitos.

—Hijo de...

Policarpio no tuvo tiempo de terminar la frase, su rostro quedo bañado por el trago que el Cuchillitos le había

echado. Mientras llevaba sus manos a la cara recibió un puntapié en la boca del estómago y cayendo pesadamente al suelo recibió varias patadas más mientras gritaba desesperadamente que alguien le ayudase, puesto que él era toda una autoridad y no sé qué otras vainas. La vieja Mercedes trató de contener al Cuchillitos:

- Déjalo nomás, hijo, te vas a comprometer y de paso vas a hacer que me lo clausuren la tienda.

- Déjelo, mamá -interpuso su hija al tiempo que aprovechaba el pánico para asestarle al Policarpio un puntapié en la espalda.

Yo me quedé tranquilo en mi mesa, no había necesidad de que me meta; sabía que desde hacía tiempo el Cuchillitos le estaba buscando bronca al Policarpio y que tarde o temprano se iban a chocar. No es que el Cuchillitos sea un peleador que pelea por el sólo hecho de pelear. Pasaba que Policarpio, atenido a su trabajito del cual lo podían botar en cualquier momento, se creía el galán del barrio y cierta noche, atenido a los cuatro tragos que se había empinado, quiso forzarla a la hermanita menor del Cuchillos, de tan sólo 14 años. Y, debo confesarlo, ya estaba en edad de merecer, pero da pena pensar algo malo de ella, porque es la muchachita más dulce que existe en el barrio y creo que habría que ser un mal natural para querer violarla o hacer con ella algo abominable.

Cuando el Cuchillitos vio que su rival estaba bañado en sangre y no dejaba de retorcerse en el suelo, pidió disculpas a la dueña por haber ensuciado el piso; luego, agarrándolo de las solapas del saco deshecho, lo arrastró hasta la calle, donde lo dejó botado como basura. Una señora que pasaba con sus canastas vacías, al ver al Policarpio en ese estado, casi con burla le dijo:

-¿Por fin te han sacado la infundía? Quisiera conocerlo al que te ha dejado en ese estado para felicitarlo y a

ver si ahora te moderas un poco y dejas de ser tan abusivo.

No me quedó otra cosa que salir con mi amigo. Tras despedirnos de la vieja Mercedes subimos otro trecho y nos despedimos ambos, quedando de volver a vernos por la noche en el velorio del Facundo. Al final le dije:

— No olvides que a pesar de todo, tienes que portarte lo más mal que puedas, para que cuando a vos se te ocurra morirte, yo te dé una recomendación para que te acepten en el infierno.

* * *

Varias veces me he preguntado por qué la muerte prefiere llevarse más a los que viven en mi barrio que a las personas que viven en las zonas residenciales. La última vez que lo vi, Facundo estaba, como se dice, rebalsando de salud, y ahora voy a tener que ir a verlo en su abrigo de madera, todo incómodo y tieso, sabiendo que a este mi amigo le gustaba la libertad y era enemigo de vivir en lugares estrechos y reducidos.

Y lo que me da bronca es ver cómo la muerte llega precisamente a las casas donde falta de todo y los deudos tienen que llenarse de deudas.

La única hija que tuvo don Facundo, desde mocosa ha sido aficionada a revolcarse con hombres mucho mayores que ella, y varios contaban que cobraba el mismo precio que las prostitutas de Villa Cariño, por lo que no era de extrañar que varias noches a la semana se recogiera completamente borracha y con las ropas totalmente desarregladas. Y conste que todavía no ha cumplido quince años. Ahora que su padre ha muerto, seguro va a vender todas las cositas que el viejo tenía y se va a ir a vivir —ése siempre fue su sueño— a un barrio "decente", para ver si así se despercude de la miseria en la que se ha criado.

En el fondo ella no es tan mala, pero una vez que se le entra en la cabeza alguna idea loca, se descontrola y ni quién le haga cambiar de opinión. El Facundo siempre decía que lo que más le apenaba era saber que el día de su muerte no iba a existir ninguna persona que se haga cargo de su hija, y que por eso, él iba a estar penando sin hallar el descanso eterno. Y ahora que se cumplió su presentimiento, de segurito que su alma ya debe estar penando, o tal vez se haya cansado de sufrir y realmente esté descansando eternamente. Eso, solamente Dios y la Virgen lo saben.

***

Todos estaban presentes en el velorio, desde los infaltables acreedores, hasta los supuestos familiares, que llegaron a ver si es que podían ligar algo de las pocas cosas que el finado tenía en su poder. La Chabelita, vestida completamente de luto, parecía más atractiva que de costumbre y hasta daban ganas de charlarle bajito para ver si ella estaba dispuesta a salir un ratito afuera y —ojalá— concertar una cita para más tarde, en uno de los tantos alojamientos que hay en las cercanías de nuestro barrio, y que solamente reciben a parejas de enamorados y a prostitutas con sus clientes. Sí, en verdad, ella estaba como pal pobre, y el Cuchillitos me decía que, de ser posible, él estaría dispuesto a terminar con su actual ñata para juntarse con la Chabela, y ser el encargado de hacerla trabajar todas las noches sin descanso, aunque sean días feriados.

Con razón el Facundo empezó a morirse el día en que vio a su hija encamada con este mi amigo; debió imaginar que iba a ocurrir igual que con su madre, que de tanto dedicarse al puterío, terminó tirada en el hospital, víctima de una enfermedad venérea, tan contagiosa que hasta los médicos tenían miedo de acercársele. Sí, debió ser muy triste el comprender que hasta el consuelo de vivir en la

memoria de su hija le estaba negado. Ella lo olvidaría en contados minutos, puesto que ahora ya no habría quién le llame la atención por sus frecuentes trasnochadas y las malas compañías con las que solía caminar.

Aunque parece que yo también la deseaba, en mi interior le tenía un respeto digno de los dioses. Pero no podía evitar que tan sólo me consolara con la idea remota de poseerla algún día, y si ese día no llegaba nunca, total, me resignaría, sin que por eso tenga que amargarme la existencia.

El dueño de casa de Facundo, un anciano de mirada furtiva y degenerada, se acercó hasta donde estaba la Chabelita para darle el pésame de rigor, al tiempo que le decía en voz baja:

— Realmente siento mucho lo que le ha pasado a su señor padre, y como me siento en deuda con él, quiero ofrecerle mi ayuda en lo que usted, Chabelita, estime conveniente.

—¿A cambio de qué, don Pablo? —preguntó ella.

— Ya después iremos conversando —repuso él mientras se apartaba para irse a sentar en una de las bancas dispuestas alrededor de la pieza.

Chabela pensó para sus adentros que ésa era la oportunidad de sacar el máximo provecho posible al viejo de don Pablo, y si éste le pedía lo que ella se estaba imaginando, tendría nomás que aceptar; al final de cuentas, se había metido con tantos vejetes, que uno más no alteraría su estado anímico.

Radiografía de la noche

Hay noches que invitan a la bohemia y la alegría compartida, en las cuales, con o sin amigos, uno puede saborear los placeres de día vedados.

También hay noches frías o lluviosas, que invitan al descanso, postergando la satisfacción de nuestros caprichos y veleidades.

Sí, hay noches para todos los gustos; pero, para los seres que han nacido bajo el cielo encapotado de la desdicha y la miseria, y que de la vida sólo han recibido golpes e injurias, la noche no tiene nada de poética ni de maravillosa, puesto que en el transcurso de ella, esta gente tiene que buscar refugios clandestinos donde dormir sus cansancios, o guardar intranquila vigilia esperando en vano la llegada de aquella madrugada que cambie el derrotero de sus existencias.

En Cochabamba, la esquina formada por las calles Brasil y Lanza, el mercado La Pampa, la avenida República y otros lugares más, forman parte del escenario que noche tras noche, acogen a decenas de marginados que buscan en el alcohol barato el transporte al mundo de la fantasía y del embrutecimiento, ese que les permite olvidar por algunas horas la desgracia de haber nacido marcados por la huella de la fatalidad y la desventura.

Las personas que venden tragos, mujeres en su mayoría, dicen que, de tanto haber batallado con ebrios, han perdido el miedo y que si uno de ellos intenta agredirlas, no vacilarían ni un instante en defenderse.

No hay seguridad entre los que han adoptado dichos lugares para pasar las horas que faltan hasta que el sol despierte en el horizonte. Desocupados, cargadores, "carreros", campesinos, alguno que otro delincuente, mendigos y hasta prostitutas en decadencia, aferran sus copas plásticas con alcohol, mientras rebuscan en sus cerebros algún recuerdo grato que bien pueda merecer un brindis, aunque esa evocación les despierte la bronca adormecida que tienen por la vida. O los sumerja en el desconsuelo de sus anhelos jamás cumplidos.

Estrepitosas carcajadas se confunden con los cantos de quienes dudan si ponerse a dormir o seguir bebiendo. Un solitario fuma su k'ulluna mientras piensa sin pensar en nada, y una pareja de uniformados golpea sin piedad con sus bastones de madera al ebrio que quiso improvisar cerca de una caseta metálica, un urinario clandestino.

Son las primeras horas de la mañana. Cerca del lugar, una barrendera inicia su labor diaria de limpieza y de cuando en cuando dirige la vista hasta el basural de la esquina, donde otro grupo de personas está quemando cartones viejos y papeles sucios. La persona que conversa conmigo me dice que todavía no ha aparecido en el firmamento la Ch'aska (lucero de la mañana), y que es muy posible que hoy no salga porque está haciendo un frío espantoso que penetra hasta los huesos.

La noche, exigente como cualquier mujer, también cobra tributos. Por eso, entre las personas que buscan en el alcohol la calma de sus tormentos, es normal el enterarse que tal o cual compañero de infortunio ha cambiado el piso de la calle por una mesa de cemento en la morgue,

lugar al que fue llevado por los de la policía, cuyos partes respectivos aseguraran que encontraron el cadáver "en posición decúbito dorsal".

El bullicio, aumentado por las disputas entre quienes ya han perdido la noción de las cosas, parece no afectar el descanso de las personas que viven en los alrededores. La mujer que esta sirviendo las copas de trago al trío de nuevos clientes, se lamenta por la poca venta que ha tenido ya que en toda la noche solamente ha logrado vender cuatro litros de alcohol, y cuenta que antes ella vendía hasta seis litros. (Con un litro de alcohol se pueden vender sesenta copas, y en los tiempos de la inflación cada copa costaba un millón de pesos bolivianos).

Treinta y cinco años es la edad promedio de quienes concurren a estos refugios callejeros. Pregunto si también vienen a beber menores de edad. Una mujer con la ropa vieja y el cabello despeinado me contesta que los "polillas" siempre se aparecen por allí para echarse sus tragos entre pecho y espalda.

Alguien me dice que tenga cuidado al hablar con la mujer esa, ya que es bien sabido que los hombres que al amparo de la noche tuvieron relaciones sexuales entremedio de los matorrales que crecen en La Coronilla, aparecieron a los pocos días con enfermedades venéreas y les costó muchos reproches de parte de las "madrecitas" que atienden un dispensario parroquial cercano. Allí les llamaron la atención por haberse metido con mujeres enfermas, cuando deberían preocuparse por dejar de beber y asistir por lo menos una vez a la semana a la iglesia a escuchar misa.

Mientras en el sector habilitado para las vendedoras de café de La Cancha, algunas empleadas encienden sus cocinas para preparar el desayuno para los madrugadores, en la intersección de las calles Brasil y

Lanza, algunas mujeres de pollera se sientan en el suelo disponiéndose a vender la comida que han traído en enormes ollas y cuyo precio es tan reducido que no iguala al pasaje que una persona paga en el micro.

"Lo que no han vendido lo han vuelto a calentar, y eso es lo que han traído para vender", comenta el carrero que me acompaña a comer mientras sostiene un plato de barro. Espera que los otros acaben de comer para que le den la cuchara que necesita para el humeante chaqué, cuyo vapor se confunde con el aliento aguardentoso que escapa de su boca.

Débilmente está asomando un nuevo día en el horizonte. Las calles se están poblando de comerciantes y de gente que se encamina al trabajo. Nuevos contingentes de marginados llegan a esta esquina para ahuyentar el frío que les hace mover convulsivamente el cuerpo. La tenue claridad muestra a los ojos de los extraños una especie de campo de batalla donde los cuerpos de los ebrios que se han quedado dormidos hacen el papel de cadáveres.

Decíamos que la noche cobra tributos humanos, y recién nos hemos dado cuenta que uno de los que parecía estar durmiendo, hace rato que no respira. Tras mirarlo detenidamente apenas podemos comprender que ha muerto. Sólo queda esperar que vengan los de la policía a recoger el cadáver y confiar que los estudiantes de medicina no lo estropeen demasiado al hacer sus prácticas de estudio.

El corredor de la Catedral

Sobre los fríos mosaicos que engalanan esta plaza acaban de derramarse las tres campanadas que señalan a los noctámbulos que estamos dispersos en los distintos bancos de madera, que son las tres de la madrugada en punto.

Han pasado varios minutos y el último universitario de los muchos que vienen a estudiar se ha marchado y a excepción de mi persona, ni las almas del purgatorio merodean por este lugar. Se puede sentir la presencia del silencio y si no fuese por el tronco de palmera que protege mi cuerpo, los mendigos, ciegos y borrachitos que duermen en el corredor de la catedral podrían jurar por Dios y por el diablo, que están completamente solos en la plaza de esta ciudad-jardín.

Los pocos tubos de neón, en el espacio que les ha sido designado, esparcen sus haces luminosos en toda dirección menos al corredor catedralicio y aun así puedo divisar el bulto que forma sobre el suelo aquella ciega que, durante el día, extiende sus manos pringadas de pobreza a todos los feligreses y personas de supuesta buena voluntad que entran a la Catedral para rezar por las almas de los que en vida

Ahora ella duerme tranquilamente entre sus dos hijos (el mayor, varón, la menor, hembra), cuyas edades, apenas suman treinta anos. Algunas noches, no faltan los trinos alborotadores de las aves que anidan entre las ramas mas frondosas de los árboles de la plaza; pero ahora estas avecillas han enmudecido como si presintieran lo que va a suceder en unos instantes.

En uno de los extremos del corredor aparece uno de los tantos cojos que pasean su miseria por la ciudad, añadiendo a la urbe su característica manera de caminar: el balanceo típico de los borrachos, de aquellos que acusan al mundo y a nosotros mismos de ser los causantes directos de sus males físicos, como si de nosotros hubiese dependido la posición en que sus padres los engendraron.

Un golpe seco de madera es seguido por un remedo de pisada varonil. Luego, otro golpe seco de madera, y la ciega despierta. Ese sonido es lo que estaba esperando con ansiedad. Prestamente se sienta sobre su improvisado camastro al tiempo que empuja el cuerpo de su hijo para dar cabida a otra persona.

Tras colocar su muleta sobre una de las gradas y sin pronunciar palabra alguna, el hombre se sienta al lado de la ciega y acerca su boca a la de ella para depositar algo que parece un beso. Digo "parece" porque ella tiene que vencer la repugnancia que le produce aquella boca desdentada, fétida como alcantarilla en desuso, de la que salen algunos sonidos guturales empapados de chicha y alcohol barato.

Ignorando a la pareja de adolescentes que duermen a ambos lados, los dos amantes se acuestan sobre el piso y como parece que no tienen el tiempo suficiente para cubrir sus cuerpos con las frazadas viejas, ambos se entregan al desahogo de sus pasiones. El hombre se

baja los pantalones,se encarama en la hoyada que forma la mujer al abrirle sus flácidas piernas y sin importarle que el frío azote sus posaderas desnudas, comienza a cabalgar frenético sobre ella, al tiempo que manosea uno de sus senos.

Ninguno de los dos muchachos despierta para ser espectador de aquella escena "tres equis"; y si acaso despertasen, creo que sólo atinarían a cambiar de posición para volverse a dormir, porque saben muy bien que no es la primera vez que su madre y el cojo hacen esto. Además, al muchacho lo único que le importa es conseguir el dinero para comprarse la droga que necesita para seguir enviciándose.

Su hermana, quien según dicen, al año celebrará —si es que los celebra— sus quince años, ignorante de todo, esta durmiendo su borrachera. Desde el momento que descubrió que ofreciendo su cuerpo juvenil y bien proporcionado a los desconocidos, podía ganaj algunos pesos, se dedicó de lleno a vivir a expensas de él.

Es un secreto a voces que sus clientes le invitan ingentes cantidades de bebidas espirituosas, pues aseguran que cuando la pareja está embriagada, hacer el amor es mas emocionante. Ahora ella esta durmiendo un sueño intranquilo, porque hasta en sus sueños, mejor dicho en sus pesadillas, ella siente que sus partes más íntimas son mancilladas por sombras desconocidas.

Al tiempo que mi mente se ha perdido en los recovecos de eso que llamamos amnesia voluntaria, desde mi improvisado palco puedo observar que la pareja ha terminado de calmar sus ardores. Tras haberse subido los pantalones, el cojo se aleja a lo largo del corredor para desaparecer quién sabe por qué rumbos, alegre por haber hallado en su amante el oasis reparador para ese su peregrinar imperfecto.

La ciega también se incorpora, baja la acera, recoge parcialmente sus polleras y se pone a orinar. Aún falta mucho para que los gallos canten en el horizonte. Cuando amanezca, vale decir dentro de algunas horas, y mis pasos nuevamente me traigan por este corredor, yo me negaré a ver aquel charco del piso porque me causará repugnancia ese algo que llamamos conciencia.

Soledad

Para ellas, las que sabemos

Cuando el enojo anida en el alma de Soledad, una pena infinita adormece sus párpados y cualquier palabra ofensiva que fluye de sus labios, lejos de molestar a la persona agraviada, hace nacer hacia ella un sentimiento de lástima y compasión.

Y es que Soledad suele hijoputear a quien le hace perder la paciencia (todas las otras cosas las perdió antes de cumplir quince años) y no le importa si el que está delante en esos momentos sea su mejor amiga, algún familiar, o un amante recién adquirido.

Últimamente dio a luz a su ultimo hijo y la señora que vende hamburguesas en la esquina del barrio comenta que Soledad, emputada por la idea de criar un bebé cuyo padre se niega a reconocerlo, optó por regalarlo a la dueña del Borjanito a cambio de la condonación de su deuda.

Los frecuentes embarazos poco a poco le han ido envejeciendo el cuerpo. Hace años, cuando ella vivía sus noches repartiéndolas entre el Averno y el K'ellas, el sólo manosear morbosamente sus piernas o sus senos que apuntan siempre adelante, era más que suficiente para alborotar las hormonas de cualquier hombre.

Con decir que el dueño del K'ellas, el Adolfos, el Carri, don Víctor, dueño del Averno, y otros, pretendían quedarse

con ella al llegar la madrugada para hurgar en sus entrañas y ver qué nuevas fantasías sexuales podían encontrar.

No quiero pecar de alcahuete, pero corriendo ese riesgo, puedo asegurar que lo que a Soledad le gustaba en sus desvarios sexuales escenificados en el interior del alojamiento Colonial, era la doble penetración simultanea, porque —esto me lo confesó una noche añeja en que nos hallábamos emborrachándonos en la plaza Belzu— eso le hacía sentirse mucho más mujer que las otras.

La tía Lucyfer, vieja señora cuyos sobrinos putativos son ladrones, alcohólicos, prostitutas, drogadictos, desocupados, pandilleros y mendigos, me contó que Soledad tenía su madre —esto es lógico, ya que el cuento de la cigüeña sólo sirve para entretener a viejas solteronas y menopáusicas— y que la abandonó cuando descubrió que a su hija le gustaba mas encamarse con los desconocidos que estudiar. Y, según cálculos de la tía Lucyfer, todo esto ha debido ser hace más o menos quince años.

Como soy afecto a las comparaciones entupidas, muchas veces creí que la soledad emocional que vive dentro de Soledad, la hace cambiar constantemente de hombres, aunque esos cambios le dejen una secuela de abortos y embarazos.

En esta floreciente madrugada, cuando la temperatura está muy por debajo de nuestros más cálidos recuerdos, he sentido el contacto de sus piernas entre mis manos y ya no encontré nada de lo que antes solía hallar en ella. Se podría decir que mi libidinosidad se ha emborrachado con los tragos que he bebido y se ha puesto a dormir en el portal oscuro que guarda el ingreso al sótano de mis pensamientos. La miro y es tan sólo una muñeca de carnes gastadas. Y como el tiempo suele curar las heridas, no quiero pensar que el tiempo le hizo una broma de mal gusto a Soledad, y que antes que aliviarla en su desdicha, ahondó su vacío

existencia! hasta volverlo tan insondable, que ni mil dobles penetraciones simultáneas podrán llenarlo.

Guery, el mentado Calígula, autodefinido como el hombre peligroso que es capaz de violarse a sí mismo, está ahora acompañándola. Juntos entraron a esta cantina, y sólo él saldrá posteriormente, porque hasta el más ingenuo se ha dado cuenta que Hugo, dueño del K'ellas, está decidido a quedarse con ella. Se le nota la lascivia saliéndole a borbotones por los ojos.

En la mesa vecina, el desdichado que osó levantar una de sus manos para estamparla en la mejilla de Soledad, trata de contener la sangre que le brota de la frente, mientras una botella destrozada contempla horrorizada la tragedia que ha ocasionado con su impacto.

"Morir de amor" sale de un parlante y tras embriagarse con los alientos aguardentosos de aquellos que lo tararean, va a morir en la calle, mientras un gallo kikiriquea alarmado al ver que esta noche, al igual que las que la precedieron, está en los últimos estertores y Soledad, el triste recuerdo de la Soledad que conocí cuando ella festejó sus quince años, ríe estrepitosamente y yo creo adivinar un par de lágrimas en sus ojos.

De dos es el olvido

Le habían dicho que tenía unos dedos de seda, que cual pelusas se posaban sobre los bolsillos ajenos y se apoderaban de carteras y billeteras, mientras los dueños pensaban en la honradez de sus coterráneos, y él, el famoso Dedos, se lo había creído.

También le dijeron que era tal su habilidad manual para recorrer bolsillos que no le pertenecían, que los más famosos prestidigitadores eran viejos reumáticos y arterioscleróticos a su lado; y él, el tan mentado Dedos, terror de los giles y de los miles, se empapó en tales embustes, aún sin entender el significado de las palabras prestidigitador y arterieesclerosis.

El Dedos nació justo en el momento en que comprendió que estaba completamente solo en este mundo y que sus escasos años no le iban a proteger de las maquinaciones humanas que le acechaban. Sin saber contar los dedos que pugnaban por escapar de sus manos, imaginó que muchísimos días tendrían que pasar para preguntarle a la vida por qué lo había abandonado y antes de ser derrotado por lo incomprensible, siguió el rumbo que le indicaban sus dedos y se sumergió de lleno en el submundo del delito y la marginalidad.

Nunca tuvo nombre propio, ni apellidos que lo liguen con familias inexistentes, fue por eso que en aquellas

ocasiones en que lo encerraban en las celdas policiales, barajaba los nombres cual si fueran los naipes del destino y él fuera el jugador que se empecina en no perder lo que ya está perdido.

La Noche fue la madre que lo cuidó bajo su regazo, y esa misma mujer fue la que lo amamantó con sus senos flácidos y macilentos dándole aquella vida que los días, sádicamente, le arrebataban. Y cuando el Dedos se dio cuenta que un vellámen cubría su entrepierna, y que algunos espinillos y bigotillos peleaban un lugar en su rostro, acentuó su autodefensa contra la vida y empezó a ver a las mujeres como a algo más importante que a mocosas sucias y mocoraras (con sus mocos colgando).

Para dormir, cualquier lugar era lo mismo: un callejón, un calabozo, un parque, un mercado, el patronato, el cuarto de un amigo, debajo de un camión estacionado, un callejón, la celda de una comisaría, un parque, la calle, el abandono, la calle... Y si bien las piedras que deforman la calle se acomodan al paso raudo de las ruedas de un vehículo, su cuerpo se amoldó sobre las sinuosidades del infortunio. Y el sueño (placentero para los que son echados conjuntamente con la placenta, y joeputa para los que son echados sin madre conocida) a veces fue bueno con él, y a veces... y a veces, lo* despertaba llorando, porque nadie pudo enseñar a esos puntapiés salvajes que cuando alguien duerme, ese su sueño es divino y sagrado.

Babá

Las primeras personas que conocieron a Baba durante sus noches etílicas, pensaron que él era el producto de sus mentes alcoholizadas, y que tanto Baba como los trapos viejos que cubrían su cuerpo sólo existían en el mundo etéreo que el alcohol crea en las mentes de los que lo beben.

Con su metro de estatura, Baba es una especie de Charles Bronson reducido por jíbaros y alquimistas. Su grotesco rostro inspira repulsa la primera vez que uno lo ve, y con su cuerpo empequeñecido y lerdo al caminar, nuestro rechazo se mezcla con la indiferencia y tratamos de evitar su presencia. Tal vez sea por los aproximadamente cuarenta y cinco años que no se le notan, o por su hablar gangoso donde la sílaba "ba" es la única que sus labios pronuncian. Pero frecuentando su trato, uno llega a comprender que Baba también es humano como nosotros, y que todas aquellas manifestaciones emocionales que nosotros experimentamos, Baba también las tiene, sólo que magnificadas por su tamaño.

(A mí me consta que Baba, cuando está borracho y deprimido, busca los lugares más alejados de Chijini para llorar su amargura, y con el "babacco" balbuceante de su voz, le reclama a la vida por la cruel ironía que tuvo de haberse burlado de él engendrándolo sin virtudes ni atributos).

Baba vive en la noche.

La noche es su madre, su amante y su verdugo.

El perímetro del mercado Rodríguez y la plaza Belzu es su punto de partida y llegada y cualquier profano que sea inmune a los espantos puede encontrarlo en la Sayda, el K'ellas o el Averno.

Su figura pequeñita se pierde entre los pies de las mesas y las patas de los parroquianos; con trabajo lleva las copas de trago desde el mostrador hasta las mesas y las monedas que recibe a cambio, tras ser acariciadas por sus manos, van a llenar las alforjas de los dueños de las cantinas.

(Baba sueña con ser el dueño de todas las monedas del país, para crecer en "status" y vengarse de todos aquellos que lo han marginado y humillado. "A ver, Sayda, servime dos tragos, si no, no te pago". "Lucy, dame tres silpanchos bien servidos antes que te lo patee tu sartén mugroso". "Esta noche vamos a ir al alojamiento, y guay de vos, Sarucha, si no me abres tus piernas como lo haces con los demás". "Cuál Baba, carajo, ahora tengo millones de monedas, y aunque visto ropas sucias y parezco mendigo, yo soy El Señor Baba". "Ningún tribilín...").

El humo del mechero que ilumina la esquina llena los pulmones de Baba mientras, como perro famélico, engulle su silpancho. Parece que ayer le fue muy bien, su muñeca está engalanada con un reloj de lujo, y mientras devora su comida, temeroso mira a todos los lados presintiendo que alguien va a venir a despojarle de "su" reloj y de los billetes guardados en el calzoncillo que protege aquellos miembros que hasta ahora no conocen mujer.

"Sara fue muy mala conmigo esa noche, cuando con su amante vino a emborracharse en el Averno. No contenta con gritarme que quería dormir conmigo, de asustarme cada vez que me atocaba lo que sólo mis manos torpemente manipulan, tuvo que llamarme hasta

su mesa, y tras remangarse su vestido, mostrarme su sexo, que desde entonces atormenta mis sueños sin sueño".

El olor de Baba es nauseabundo. Es como si todos los malos olores hubiesen venido a vivir en su cuerpo.

Los que lo conocen prefieren ignorarlo, y si de vez en cuando invitan a Baba a sus mesas, es tan sólo para divertirse a su costa, o para que, como sucede siempre, después de lisonjearlo, le hagan comprar más trago con aquellas monedas que Baba guarda para alimentarse con esas comidas infames de a cincuenta centavos el plato.

Baba no tiene amigos, tampoco esperanzas. Si se lo ve ayudando en una cantina seis o mas horas, téngase presente que el dueño le pagara solamente las monedas necesarias para que Baba se mal alimente y no se muera de hambre en las calles. Baba tiene un hambre infinita que no lo deja en paz. Es un hambre difícil de explicar, y sin saberlo, Baba ha aprendido a odiar a través de ella.

Si ve pasar por la calle a una persona elegante, él mira sus harapos mugrosos, y odia a aquellos que le regalaron esa ropa por haberle dado las más grandes. Si ve a una mujer atractiva que camina alborotando las piedras de la calle, Baba quiere ser una de esas piedras para sentir el peso de la hembra, y de paso —si es que ella usa vestido— deleitarse mirando sus intimidades.

La tosca melena que cubre sus ojos y sus orejas le ha enseñado a vivir en paz con las alimañas. No hay que burlarse de ese detalle, porque Baba ama a las generaciones de piojos y pulgas que han nacido, se han reproducido y muerto entre sus harapos. Y si una noche usted ve a Baba restregarse furiosamente contra una pared, no crea que son sus inquilinos los que le atormentan, sino que Baba está queriendo reclamarle a esa pared indolente el calor humano que las noches le han robado desde que él era un espermatozoide contrahecho aún no concebido.

Alcoholatum & Cía.

La noche, chinchosa como mujer y molestosa como diarrea crónica, viene acompañada en estos últimos días por un frío tan intenso, que está haciendo tabla rasa con la casi treintena de noctámbulos que nos damos cita entre los puestos de este mercado para beber ingentes cantidades de alcohol aguado, tanto en honor del dios Baco, como por las desdichas, desilusiones, decepciones y fracasos que nos han llegado a transformar en pocas semanas en algo así como sub-hombres.

Todos nosotros, y aquellos que vienen los fines de semana a este lugar a rematar sus trancazos etílicos, nos conocemos tan bien que cualquier profano puede pensar que fue un solo vientre el que nos ha concebido. Y si alguna vez nos hemos saludado o chocado nuestras copas en un pálido remedo de brindis, también nos hemos trenzado en tremendas peleas "defiéndete como puedas", defendiendo nuestros indefendibles puntos de vista.

Por ejemplo, la persona con la que estoy bebiendo en estos momentos y de la que ignoro su nombre y sus señas particulares, es la misma con la que hace semanas atrás tuvimos un fuerte (o sería débil) cruce de palabras y alguno que otro amago de pugilato dipsomaniático. Fue por culpa de la empleada de doña Valica, la viejuca energúmena

que tiene su chichería en las inmediaciones del mercado, y de la que yo afirmaba que, a pesar de ser simpaticona, era una ramera camuflada, y él me aseguraba que eso no era así, porque ella era simple y llanamente una prostituta; y como ninguno de los dos quería ceder en sus apreciaciones, por poco estuvimos a punto de rompernos la poca jeta que tenemos. Y ahora, observando nuestra animada conversación, nadie puede pensar que alguna vez se hubiera cruzado entre nosotros la peregrina idea de una trifulca con olor a pescado podrido.

La noche está más negra que la conciencia de Idi Amin Dada y el frío, antes que hacerme reír, me pone cara de alma en pena, me baja el ánimo, el termómetro y las ganas de portarme bien. Sí, el frío hace bajar todo, menos el valor de los artículos de primera necesidad: el alcohol, el tabaco, las drogas y el sexo, que siguen subiendo hasta la estratosfera y se disponen a perderse más allá del sistema solar y sus aledaños. Cuando uno pregunta el precio de cualquiera de dichos artículos, corre el peligro de sufrir un ataque cardiovascular tan sólo por escuchar la respuesta. En cambio el arroz y la harina, el azúcar y el pan, la carne y el aceite, como artículos de segunda necesidad, ocupan el tercer lugar en nuestras preocupaciones. En estos momentos, cuando tengo que pagar 1.50 por una botella de trago que hasta hace algunos meses me costaba tan sólo un peso, con la bronca contenida me dan ganas de organizar un Comité Pluriracial de Defensa de los Bolsillos Varoniles.

Como desde mi tierna infancia he sido un mal pensado, obsceno y maleducado, mirándola como la estoy mirando a la tipa que nos vende los tragos, no puedo menos que imaginarla encima de mi cuerpo cubriéndome con su desnudez del frío que me está

haciendo temblar como telegrafista con mal de parkinson. Y ella no está tan mal que digamos: obviando los dientes que le faltan, rebajándole treinta años del pergamino de su certificado de nacimiento, ignorando las "sin cuenta" cicatrices que le pasean por su rostro y sus manos y aumentándole unos quince kilos de carne allí donde más falta le hace, puede aspirar al titulo de "Miss Peor Es Nada", ganadora de la medalla de oro en el concurso de romper catres sin dejarse romper con ninguna enfermedad venérea.

Es verdad que el trago causa estragos entre los que lo tragan. El que hace unos minutos quería pelear con cualquiera, y que al no encontrar rival se puso a pelear con la pared, ahora está durmiendo tendido en el piso, justo en el lugar que utilizamos como urinario; y sus pies expuestos a la intemperie, reclaman sordamente los zapatos que le fueron robados. Torpemente recuerdo que este salvaje (le digo salvaje porque más que roncar, parece que estuviera lanzando gritos de guerra a través de sus fosas nasales), tenía puesta una chamarra negra y una chompa anaranjada. Ahora solamente una polera sucia y descosida en las axilas le cubre el cuerpo. Bien hecho, porque si sobrevive al frío y al alcohol que corre por sus venas y arterias, va a tener que aprender que no hay que hacerse el valiente cuando los tragos se le suben a uno a la cabeza, y si no es golpeado como entenado apócrifo, puede quedar mas desnudo que Adán en colonia nudista.

La noche avanza tan lentamente, que uno puede escuchar los pasos de los segundos que cruzan la calle para perderse en eso que llaman el inexorable tiempo infinito.

El sueño se ha asentado sobre mis párpados y quiere obligarme a cerrar los ojos para dormir un remedo de descanso reparador. Yo me resisto inútilmente, porque, al final de cuentas, se que también me echaré sobre el piso

para dormir el sueño intranquilo de los adoradores de cuanto di osecillo tarambana existe, y no sentiré cómo manos misteriosas buscarán mis bolsillos tratando de encontrar un dinero que no tengo. Y como hoy en día nadie trabaja en vano, esas mismas manos misteriosas (inconscientemente sabré a quiénes pertenecen), se desquitarán llevándose mis zapatos, y yo estaré tan borracho que no haré nada para impedirlo.

Las Carpas

Para los amigos que me antecedieron en el camino.

Las Carpas, es un nombre que evoca en las mentes alienadas de los discípulos de Corin Tellado o de Agatha Christie, escenas desérticas y polvorientas. Pero para los alcohólicos paceños, representa un paraíso infernal y dantesco, espejismo del desenfreno, la miseria y el delito donde pueden ir a sumergirse.

Ubicada tan sólo a trescientos metros de la Basílica de San Francisco, en La Paz, Las Carpas no es tan sólo una más de las cantinas de mala muerte que infestan los barrios populares de esta ciudad. Tampoco es un antro frecuentado por viciosos y malvivientes. No, Las Carpas es otra cosa. Sin pecar de tipo-buena-gente-que-justifica-lo-que-no-tiene-perdón, me atrevo a afirmar que Las Carpas es el epicentro de la creación humana porque en su interior nacen, crecen y se reproducen todas las virtudes y perversiones que engalanan a los mortales, sin distinción de raza, credo o edad.

Sus paredes de adobe, aparte de ocultar ante los profanos las escenas prohibidas que se desarrollan en su interior, sirven también para que los ebrios se apoyen en ellas mientras intentan recuperar parte del equilibrio perdido; y aunque los muros —de cimientos podridos por orines y vómitos— no tienen ningún parentesco con *El Muro* de Pink Floyd, o *La casa y el*

ladrillo de Benedetti, sirven para acunar frenéticas arremetidas sexuales al tiempo que los gemidos femeninos se confunden con los valses peruanos de Lucho Barrios o Mañiza Rodríguez.

Quien ha leído *Felipe Delgado* de Jaime Saenz y cosas por el estilo, difícilmente puede imaginarse el mundo que se concentra en el interior de Las Carpas, porque para ir hasta allá, lo que menos vale es ser c parecerse a literato. No, no vale. Y si en el interior de esa cantina se puede observar cualquier cantidad de hombres y mujeres, para entenderlos mejor, lo único que uno necesita es tener la misma predisposición que ellos tienen para añogar sus existencias en alcohol y — si es que sobran algunos centavos— en tabaco.

Un personaje de Alian Poe decía que "todos los días siempre son iguales" y esta afirmación puede parecer cursi si uno se pone a pensar que un día en la vida de un ser predestinado a acabar en las calles, en posición decúbito dorsal y con el hígado completamente fosilizado, nunca se puede parecer al día precedente ni al venidero.

Tampoco se puede decir que este ser vive un día tras otro, porque su tragedia comienza el instante en que sintió el peso de su abandono, y terminará cuando deje caer sus párpados trasnochados y sedientos de horizontes menos agresivos.

Y si ayer vivió su desahogo animal en el interior del baño con la mujer anónima que le prestó sus piernas y le dejó un recuerdo, hoy ese recuerdo será quemado con los tragos indiferentes. ¿Para qué sirve atesorar impresiones en el arcón de la memoria si allí sólo mora la iniquidad escapada de la Caja de Pandora?

Sigmund Freud trató de establecer el límite que existe entre la razón y la locura y no pudo hacerlo. Pero, allá en la zona de Chijini, se puede establecer el limite entre la

desesperación y la hipocresía, entre la angustia de vivir una vida que no se quiere y el conformismo; entre la frustración existencia! y la alienación, o, para decirlo en palabras sencillas, entre el bien y el mal.

En la calle Sagárnaga esquina Isaac Tamayo, hay un límite. Esto todos los vecinos lo saben. Y es que en la casona ubicada perpendiculármente a la sede de los canillitas está el antro de la degeneración y el alcoholismo, y la persona que traspase los umbrales es un maldito más que va a embrutecer sus pensamientos inconfesables.

La reputación de los que entran a Las Carpas ha sido siempre vilipendiada. Los hombres son tachados de vagos y degenerados; con las mujeres sucede casi lo mismo, porque los epítetos menos agresivos que les adjudican son aquellos que las definen como putas y mal paridoras.

Decía que en la esquina de la Sagárnaga e Isaac Tamayo había un límite y es menester explicarme un poco.

En primer lugar, para formar parte integral del mundo resumido en Las Carpas, hay que despercudirse de todos los falsos conceptos moralistas y pseudos-religiosos con los que fuimos amamantados desde nuestros días de infantes púberes y caprichosos.

Después, hay que matar el romanticismo que las lecturas de Neruda, Gibran, Ñervo, Tagore, Vargas Vila y Becquer sembraron en nuestras jornadas de besos y caricias que no llegaban, y conformarnos con el sexo, que, morboso o erótico, se compartirá, si no en los baños, en cualquier callejón oscuro y maloliente. A las mujeres que vienen a Las Carpas, si han sido vilipendiadas hasta el cansancio por las señoronas ninfómanas y beatas, les da lo mismo ser usadas en la cama o en el suelo.

En tercer lugar hay que renunciar al concepto de la amistad y la honradez. ¿Por qué? Simple, porque en Las Carpas, hasta el que sin conocer invita un trago, si no

tiene dinero, robara al incauto sus ropas, e¡ poco dinero que lleva en sus bolsillos, los calzados o cualquier cosa que tenga -incluida la vida-, ya sea para venderlos apresuradamente en el Barrio Chino, o por el sólo hecho de hacerlo; y la víctima, a medida que transcurren las eternidades, aprende a comportarse de igual manera: roba para que le roben y para ser robado, engaña sabiendo que el próximo engañado será él. Y iodo esto, mientras el alcohol corre a torrentes por i as venas del más de medio centenar de hombres y mujeres que viven aceleradamente en el interior de este local, y que ríen con sus estupi-dizadas sonrisas sombrías, y lloran maldiciendo al diablo y a Dios, sin que estas maldiciones sean escuchadas.

Y en cuarto lugar, hay que caminar de la mano de la muerte. Es decir que a ella hay que tenerla presente en todo momento y en ningún instante marginarla. Porque si se lo hace, ella, la muerte, se torna vengativa y despechada, y al mortal que le ha hecho un desaire, le hace sufrir mil calvarios por segundo, y los policías encargados de recoger los cadáveres en las calles, temen mirarlos a los ojos para no espantarse. El terror ha quedado marcado eternamente en esas miradas.

¿Cuántos pasaron por Las Carpas? Hubieron muchos y la relación que se haga puede ser pesada y cargosa porque a nadie le interesa saber qué pasó con doña Maruja, don Jorge, el Amado, el Ceros, el Calaminas Mayor, La Mari bel, la Nancy, el Garrincha, el Chapaco, el Pingüino, el Humbertos, el Edy, el Armando, el K'epiri, el Turbio y decenas más de antihéroes que murieron allí, y solamente quedaron sus apodos, puesto que sus nombres no fueron recogidos por los historiadores y biógrafos de las paginas sociales.

Sin ánimo de llegar a la truculencia, creo conveniente anotar que el mundo etílico de este lugar y sus alrededores —la Pacesa, el Segundo Patio y el Germán tres cantinas

ubicadas en la misma casona—, no es tan aniquilador como parece, porque de los cinco hermanos que se turnan para atender este local (tres mujeres y dos varones), uno sólo, el Armando, ha muerto intoxicado, y los restantes son, en cierto modo, afortunados, si fortuna se puede llamar a las consecuencias de ese ambiente que ellos mismos ayudaron a crear.

Cuento para alejar las tristezas

Cuando el hombre levantó su copa para brindar por enésima vez por una ventura que estaba muy lejos de sentir, no se dio cuenta que su brindis no servía para nada, puesto que los allí presentes, en la cantina, lo habían tornado como lo que era, simplemente un muerto.

Sus manos dejaron caer la copa que estaban sosteniendo y un alarido femenino, tronante y estremecedor, fue la oración que despidió su alma del mundo de los vivos, al metafísico infinito de los que ya no estaban.

Varios de los presentes optaron por salir de la cantina para no verse involucrados en tejemanejes policiales, el cantinero agarró el cadáver para arrastrarlo hacia afuera y hacer creer, de esta manera, que el deceso ocurrió en las afueras y no dentro del local.

Mientras el cadáver era sacado, no faltó un voluntarioso que rebuscó en los bolsillos del occiso algunas monedas que pudieran servir para comprar algunos tragos más a manera de preparar el respectivo velorio. Mientras alguien, minutos después, llamaba a la policía para denunciar la existencia de un cadáver en una callejuela cualquiera, el bullicio retornó al local. Los brindis se sucedían unos a otros y nadie más se acordó del que había partido para no

retornar jamás, ni en calidad de vivo, ni mucho menos de cliente.

P. D. Nadie supo si ese hombre murió porque le dio la gana de hacerlo, o porque la indiferencia que le habían demostrado los demás lo mató sin apelar a la violencia.

Anti cuento primaveral

Tras las correspondientes pesadillas que adornan mis noches tormentosas, esa mañana desperté asustado, temblando de frío y castigado por una paranoia anormal.

Enrollé los cuatro cartones que me habían brindado un remedo de calor y tras atarlos con mi pañuelo, espectando por sí había un extraño cerca del rincón donde yo me encontraba, oculté el atado en un montículo de piedras. Hecho esto, aventé el último resto de sueño que me cubría los ojos y sacudiendo de mis ropas el polvo que los vientos nocturnos habían asentado, salí de mi escondite y empecé a caminar por la calle, adivinando, sin habérmelo propuesto, el rumbo que habría de tomar para continuar ese camino que no recuerdo dónde lo había empezado, como tampoco sé dónde terminar.

Cuando me hablaron de ella, no podía entender si era verdad o mentira que en la tierra hubiese una muchachita que aún conservara lo que se ha dado en llamar inocencia y virginidad. Todas las interrogantes que me planteaba, terminaban inevitablemente en dudas y especulaciones. Me imaginaba verla en mis sueños y pesadillas, pues, como hasta ese entonces no la concia, solamente podía imaginármela, bella como la Virgen María cuando

era adolescente, casta como Remedies la Bella y pura como Juana de Arco.

Sí, la imaginaba caminando a mi lado al tiempo que yo le enseñaba a conjugar el verbo amar, y mi enseñanza era infructuosa, puesto que ni ella ni yo habíamos aprendido a conjugar ese verbo tan imperfecto.

A veces, parece que el sol se oculta en su colchón de nubes para negarnos a los miserables el privilegio de contar con su calor vivificante, que nos pueda devolver las tibias sensaciones que la noche artera ríos robó mientras remedábamos una especie de descanso. A veces, la sola presencia de una nube en el cielo basta para amargarnos la jornada puesto que, por milésima vez, tendremos que temblar al compás de los vientos que juguetean por las calles, y sólo podernos atinar a musitar una oración con sabor a blasfemia, en tanto observarnos cómo una cuadrilla de trabajadores municipales recogen del basural de la esquina, los sucios cartones que, si hubiesen sido quemados, nos habrían regalado el calor que desde que amaneció nos ha sido negado.

Caminé gastando las suelas de mis zapatos eternamente hambrientos, hollando mil senderos e impregnándome de smog, polución y desventura. Caminé con la espalda encorvada, y mis ilusiones de a poquito se fueron quedando en el camino. Di muchas vueltas por la esquina por donde me dijeron que ella solía pasar al ir al colegio, y cual idiota me detenía a contemplar si las muchachitas de rostros candorosos, que no me regalaban ni una de sus hermosas sonrisas, se parecían a ella aunque sea en el cabello. Sentí cómo una a una de las palabras que fluían de aquellas bocas que no habían aprendido a besar, penetraban en mi estómago y reemplazaban al desayuno inexistente y mientras parodiaba un filosofar que no cabía en mi

cerebro, empecé a presentir que "algo" iba a pasar y de ese "algo" yo no iba a salir tan bien librado.

El amigo que vino a mi encuentro se alegró al verme caminar en dirección del lugar de la cita no programada y como yo sabía que a esas horas él tenía que mostrarme a la muchachita, reflejo fiel de la modelo que inspiró al escultor anónimo para crear la Venus de Milo Adolescente, en cuanto la vi, caminé anhelante a su encuentro y sufrí la peor decepción que hombre alguno jamás haya sufrido: El amigo no me nombró a ninguna muchachita, sino que, sacando de uno de sus bolsillos una fotografía amarillenta, me la mostró, y al tiempo que yo destruía mis más bellas ilusiones y pisoteaba los castillos etéreos de mis fantasías, contemplé alelado el rostro de mi hermana muerta en la flor de su adolescencia.

A pesar de que la mañana estaba nublada y el tiempo presagiaba tormenta, en el fondo recóndito de mi esencia de hombre, maldije mis desvaríos por haber profanado uno de los más gratos recuerdos que yo guardaba al soñar despierto con la memoria de un ser querido.

A llorar al río

Sí, claro, podemos seguir emborrachándonos como contratados, si al final lo que nos sobra es tiempo y lo que menos nos falta son motivos para amargarnos.

Y es que ha pasado tanto tiempo desde el día en que vos desapareciste del panorama que creí que no volveríamos a vernos mas. Acaso pensabas que yo te tenía resentimiento por la maldad que me hiciste, pero despreocúpate, porque no hay tal. ¡Cómo me voy a enojar contigo si me jurabas que éramos más que hermanos y que si comíamos del mismo plato también podíamos compartir la misma mujer!

Yo nunca podía haberme enojado contigo. Es más, hasta pensé que tendrías que haber sido tú quien se enoje conmigo por haberte permitido que me vacíes los bolsillos aprovechando que dormía mi borrachera.

Pero —disculpa, claro, me distraje un tanto— es menester que brindemos por el olvido de nuestras penas, y por las minas, aunque mal paguen. ¡Salud!, y que el aprendiz de garzón que nos esta atendiendo traiga otra botella de trago porque es tanta la alegría que tenemos que solamente con alcohol podemos manifestar nuestro regocijo.

— ¡Hey, mosaico, no te hagas el desentendido y la botella que vas a traer descontala del cambio que nos debes!

Volviendo a nuestro festejo y a manera de clarificar nuestras diferencias, tengo que pedirte que no te pongas susceptible. Ni por San Judas Iscariote me iría a quejar a la policía. No, el dinero fácil, así como viene, necesariamente se tiene que gastar sin dejarnos ningún beneficio. Si bien es cierto que del negocio turbio que realizaste me diste una parte para comprar un cómplice silencio, no te culpo que lo que me habías dado te lo hayas embolsillado nuevamente. Creo que en tu lugar yo habría hecho lo mismo. Y aunque trato de comprenderte, me ha costado muchísimo valorar la deshonestidad de tu conducta.

No, no me estoy quejando, si estos tragos que estamos tomando son precisamente para reafirmar nuestra amistad y hacer promesa de fortalecerla a medida que pasen los días. Lo que quería contarte, si es que aun tienes paciencia para escucharme sin cambiar de charla, es que me vi en serios problemas.

Inocentemente tuve que escapar como perro callejero de la perrera, porque, sin haber tenido vela en el entierro, yo cargaba toda la culpa de tu fechoría. No sé que bisnes habrás hecho para traspasarme culpas y pecados, sólo sé que en un santiamén me convertí en el enemigo número uno del pueblo y sus alrededores, mientras vos disfrutabas placeres comprados con tu negociado turbio.

— ¡Mozart!, tráete dos botellas de singani para que cada uno tenga su propio trago, y si la molestia no fuera mucha, en tu vitrola-grabadora coloca un cassette de valsecitos peruanos, de esos que cuando los escuchas te exprimen los sentimientos, te arrugan el corazón, te abren las heridas, mientras los ojos humedecen insensiblemente las mesas.

Nunca me contaste a cuánto ascendía el total de tu ganancia, y mejor que sea así. Más bien —sí, claro, a vaciar las copas se ha dicho— te cuento que me ha costado sangre, dolor y humillaciones demostrar mi inocencia.

Destrocé mi machismo para rogar que las autoridades crean en mí y no en las acusaciones con que me habías ensuciado. Me arrastré como gusano, llorando y pidiendo perdón por un delito que nunca había cometido; y cuando más me bajoneaba —esto es cierto — , más fuertes eran los recuerdos de la que sabemos, que faltaba poco para que me tomase cantidades ingentes de raticida o folidol, poniendo punto final a mi sórdida comedia.

— ¡Hasta el fondo, que trago bien tomado es alivio para las penas y bienestar para las heridas del corazón!

Tu sabías que yo estaba locamente enamorado de ella y este saber te carcomía el alma. No, no te lo reprocho, así que quédate tranquilo. No, es mejor desembuchar de una vez lo que se lleva dentro, para que al salir por mi boca acompañada de mi aliento aguardentoso, toda esa vaina se evapore en el aire, y deje en paz a mi atribulado sentimentalismo.

Muchas veces pensé que tu plan era macabro y desleal, mas, como eres mi gran amigo, no sabía si obraste así porque yo no estuve a la altura de tu amistad, o porque la atracción entre ella y tú necesariamente tenía que quitar estorbos, o sea yo, para fundirse en una sola realización.

¿Sabes? Aunque en un principio ella juraba quererme con locura... ¡Hey, you!, más volumen, que ese tema se lo dedico a la que se fue sin ganas de volver y tomó posesión de mí, adueñándose de mi corazón y de mis pensamientos.

Por ella dejé de frecuentar a las que sabemos y hasta me volví un santo angelito que no mataba ni un piojo y mi única falta era tomarme unos tragos sin compasión con mi hígado. Pero —claro—, vos me la gambeteaste y tras echarme para que me muerda el perro, te arrimaste a ella sin importarte que yo sufra, y peor aún, cargando el peso abrumador de una culpa no cometida.

— ¡Salud! Así nomás, brother, festejando como estamos esta reconciliación, le meteremos bien tupido nuestros tragullos porque como ha pasado tanto tiempo, acaso sean unos quince años, tranquilamente podemos farrear sin que nadie nos pida cuentas de nuestras actitudes.

Después me enteré que tu hogar había prosperado, que abriste un pequeño negocio, el cual fue creciendo hasta que te obligó a abrir una agencia. Te felicito, brother. Yo nunca he sido envidioso y, por el contrario, esta noticia me alegró porque, ¿cómo no se va a alegrar uno del progreso que tienen los amigos que realmente valen?

Sí, sí, sí. También supe que ella te dio una hija a la que quieres más que a la razón fundamental de tu existencia, y por la que puedes matar si algo llega a perturbarla. ¿Cómo? Sí, sé que ella está a punto de entrar en sus quince primaverales años y que la fiesta que le estás preparando va a ser la sensación del año, tanto en la zona donde vives, como dentro de tu familia.

— No se me duerma, compadre, cómo es posible que esté cabeceando si apenas son las tres de la mañana y recién hemos empezado de veras.

Así no vale, más bien échese este puchito; pues como bien dicen, el humo del tabaco negro neutraliza los efectos del alcohol en el cerebro, y la persona resiste más en el festejo etílico.

Sí pues, mi brother, claro que nos vamos a tomar dos tapados más encima, uno para usted y el otro para mí, la cosa tiene que ser parejita.

¿Cómo dice? En ese aspecto usted tiene toda la razón. A su nenita ningún pelafustán le tiene que echar el ojo. Eso es sagrado para usted. Se mira, pero no se toca. Cualquiera sabe que es el mayor tesoro que usted tiene, por lo tanto tiene que ser respetado hasta en el pensamiento.

Sí, mejor cambiamos de tema, no vaya a ser que se me enoje, al menos en esta noche tan especial. Mejor ¡salud! hasta dejar las copas sequilas y sedientas.

¡Ah, compadre! Si supiera cuánto se sufre cuando uno piensa que la amistad ha sido traicionada por quien menos uno espera. No, no lo digo por usted, así que no me mire como desconfiando. No, mi brother. Esa no es la cuestión, usted sabe que yo no fumo, así que mejor siga nomás fumando su cigarrito, que para usted he comprado esa cajetilla, para que se le vuelva humo, pucho tras pucho. Si llegaran a faltar, no hay problem, se compra más.

La amistad no puede ser traicionada. Hasta dicen que el sol no alumbra a los desleales, pero con usted, mi brother, es distinto. Si hasta la Virgencita ha bendecido su hogar dándole tan linda familia. Y ahora que usted se me ha dormido como bestia sobre la mesa y sus mocos se han adueñado de su boca...

¡Compadrito...! El dinero que me estoy prestando de usted es parte de lo que hace añadas me debía, y aunque no lo crea, todo este tiempo yo me había dedicado exclusivamente a buscarlo. He viajado mucho preguntando por usted y aunque se me había cambiado de nombre, ¿ya ve?, al fin pude hallarlo.

Nunca se imaginó que ella, la que usted me ha robado, fue la que nos acercó; que gracias a ella trabé nuevamente amistad con usted. Claro, la muy ingenua no se dio cuenta que yo la estaba usando solapadamente y que este encuentro casual ya estaba preparado, bien meditado, bautizado, oleado y sacramentado.

Siga nomás durmiendo los tragullos que se me ha tomado, que con su dinerito prestado yo voy a tratar de recuperar en parte el tiempo que perdí huyendo como rata, mientras usted se jactaba de capísimo e inteligente.

Tenga la seguridad que jamás va a tener noticias mías cuando valore en su magnitud esta deuda cobrada y para que sepa que era cierto que la venganza es el placer de los dioses, me estoy llevando a su tesoro.

Eso ya está bien charlado. Su fiesta la voy a celebrar a mi manera. Pero no se preocupe, no soy tan rencoroso. La primera noche me voy a acordar de usted y de la que tan mal me pagó, y se la voy a dedicar exclusivamente.

Para cuando usted reaccione y se dé cuenta de lo que ha pasado y quiere amargarse, un consejo: váyase a llorar al río.

Sueño de amor

Ella, doce años; él, trece.

La vida había sido pródiga con ambos. Tras haberse enamorado a primera vista, sus días se habían iluminado como sólo se puede iluminar la existencia de los que aman por primera vez.

El romance era tan puro que él sólo hecho de tomarse de las manos era mas que suficiente para saber que estaban hechos el uno para el otro; las lecciones del Kamasutra no habían llegado hasta sus existencias por lo que ignoraban esos misterios. Aquella tarde, el mocoso por fin se había atrevido, en el momento de despedirse, a besarla en una de las mejillas. Ese acto de osadía alborotó sus púberes hormonas, y ninguno supo explicar las emociones que sintieron en ese instante.

Cada cual se marchó a su hogar con la promesa de volverse a encontrar al día siguiente. En cuanto ella llegó a su casa, chocha de la vida como se encontraba, ayudó en todo lo que pudo a su madre y, tras haber cenado y visto la tele, se fue a dormir.

Mientras dormía, ella soñó que se levantaba de su cama y salía de su dormitorio encaminándose hacia la cocina. Sus pies no tocaban el suelo, las puertas se abrían silenciosamente a su paso y una luz extraña le iluminaba el camino.

Cuando entró a la cocina (siempre en silencio), de la mesa tomó un cuchillo y salió hacia la calle encaminándose a la casa donde vivía el dueño de sus ilusiones. Llegó hasta allí, y tal como sucedió en su casa, las puertas misteriosamente le franquearon el paso. Subió hasta el cuarto de su galán y cuando entró lo vio durmiendo como un angelito. Suavemente levantó las frazadas, y sin dudar, enterró varias veces el cuchillo en el corazón al tiempo que la sangre teñía de púrpura su pesadilla.

La niña despertó asustada. Rezando fervientemente esperó la llegada del nuevo día, y una vez que el sol se desperezó y salió a trabajar, vistiéndose apresuradamente salió de su casa y corrió hasta el lugar en el que vivía su amado para tranquilizar sus emociones.

Al llegar, le sorprendió ver una especie de manifestación en el interior de dicha casa y, tras ser reconocida por una de las tías de su Romeo, fue llevada hasta un rincón, donde la tía le comunicó que esa noche a su sobrino lo habían apuñalado mientras dormía.

Ya no quiso oír más. Su corazoncito no podía soportar semejante noticia y, sin despedirse de la tía, echó a correr hacia su casa para, en el interior de su dormitorio, llorar esa viudez prematura que no había presentido cuando soñaba esa pesadilla tan incomprensible.

Mientras lloraba su desconsuelo, echada en su cama y abrazando su almohada, sintió que algo había debajo de ella. Extrañada, puso puntos suspensivos a su dolor; se incorporó a medias y levantó la almohada, para contemplar debajo de ella un cuchillo de cocina completamente ensangrentado.

Carta personal a don Sata

Final Buenos Aires, noviembre del 90, en la tarde.

Querido Diablo:

Esperando que el dolor de cabeza no te agrie el humor, y que te hayas acostumbrado a ser el modelo de cornudos y astados, te envío un gélido abrazo desde esta ínclita ciudad, donde la temperatura ha descendido a setenta grados bajo cero a la sombra, y todos sus habitantes estamos en peligro de morir con cirrosis por el exagerado consumo de bebidas que no tienen nada de espirituosas, pero sí mucho de afrodisíacas y excitantes.

El que yo no haya recibido respuesta alguna a las muchas cartas que te he enviado tanto por el correo como por DHL, me está donfirmando que sigues siendo el analfabeto que conocí en uno de mis desvarios gastroetilicos, y gracias a una recomendación mía en nuestro país se mantiene la educación fiscal y gratuita, a ti no te interesa culturizarte, por lo que no me extrañaría que el rato menos pensado, un par de hermosas orejas de jumento crezcan al lado de tus cachos y la gente empiece a comentar que aparte de cornudo, también eres cojudo.

En fin, te comento que estuve repasando mis escasos conocimientos de exégesis eclesiástica, y pude entender que a raíz del quilombo que armaste en el Paraíso, los únicos que salieron perdiendo fueron Adán y Eva, y que, aparte de la tradición oral de la Iglesia, no existe ningún texto bíblico donde se insinué que a ti también te echaron con las puertas en la cara. Este asunto debería ponerse en el tapete de discusión en la República Dominicana el año noventa y dos, cosa que sea tomada en cuenta como asunto de Fe, en el Tercer Concilio Vaticano a celebrarse el día menos pensado, del año de la indiferencia y la apatía.

En fin, valga la oportunidad para reclamarte que la muchacha que elegiste para que caliente mi cama por las noches, me ha resultado una reverenda macana, porque al primer descuido mío se me ha descarrilado y ha vuelto a ejercer la profesión que tantas enfermedades venéreas te ha ocasionado, y por cuya causa tú andas rosco y con el rabo como repuesto de supositorio.

Bueno, también quiero contarte que la crisis mundial me ha llegado a preocupar de tal manera que cada noche, cuando me echo en cama para dormir, no sé si al día siguiente el mundo va a continuar entero todavía. Y es que me estoy amputando por las macanas que vos haces, porque por tu culpa las preocupaciones están encaneciendo mi oscura cabellera y mi sistema nervioso se está yendo donde ya sabes.

¿Qué si estoy equivocado? "A grosso modo" te voy a hacer una lista, a ver si así entiendes el motivo de mis preocupaciones: Perú, Colombia, Panamá, El Salvador, México, los EE.UU., Irlanda, Sudáfrica, Kuwait, Irak, Arabia Saudita, Israel, Palestina, Afganistán, Las Malvinas, Brasil, Guatemala, Cuba, Puerto Rico, Chamoco Mok'o, Ch'ulla Abarca, Tunti Muru y Calaveras Street.

Así que entonces no me queda otra que prevenirte que si no te moderas un poco y como buen llok'alla no te encarrilas, voy a tener que hablar con mis amigos de la Conferencia Episcopal y entre todos te vamos a baldear con agua bendita hervida, y tras quiturarte con lija de mecánica y lavandina, te vamos a ensartar por donde ya sabes, para tostarte a la broaster en el brasero de doña Carmen Rosa, y a ver si después te quedan ganas de portarte como indio en triciclo.

En fin, esperando tus noticias, nos chequeamos con un apretón de manos, hasta la próxima.

Atentamente,

V. Hugo.

Hermano corazón

Sinceramente, para Ilosva

Corazón, ¿por qué eres tan malo conmigo? ¿Acaso no te he dado mis mayores letras para contentarte, y ahora, justo ahora, cuando ya estoy viejo y acabado, cuando estoy derrotado moral, material y existencialmente, vienes a despertar esos sentimientos que tanto daño nos han hecho? Hace rato ya que hemos pasado la barrera de los cuarenta, y a nuestra edad, por más ilusiones que nos hagamos, difícilmente, por no decir imposible, vamos a esperar que alguien se fije en nosotros. Ya estamos acabados, sí, definitivamente acabados, porque sabemos muy bien que los dones divinos fueron para los otros; y para ambos, todas y cada una de las plagas de Egipto y las que escaparon de la caja de Pandora. Hemos sufrido mucho los dos. Ambos lloramos hasta el cansancio y ni aun así nos consolamos. Hemos maldecido a la vida y a la muerte porque no fueron buenas con nosotros. Es más, con la excepción de la que ya sabemos, cada vez que nos enamorábamos, como cojudos mirábamos cómo nuestra elegida corría en pos de brazos ajenos. ¿Será ésta, tal vez, una de las causas por las que ambos solíamos recorrerlas cantinas buscando en el alcohol el alivio a nuestras penas y en anónimos cuerpos el complemento de ese "algo" que nos faltaba? No lo sé, pero, carajo, tu tienes la culpa porque inicialmente, cuando descubrí tus intenciones, yo las desvié

en pos de la primera ramera que cruzó mi camino y lo hice tan bien que todos, incluso vos, quedaron convencidos que así tenía que ser. Mas, aprovechando que yo farreaba como descosido, me tomaste bajo tu batuta, y por eso no pude reaccionar. No puedo, y es triste reconocerlo. Un miserable vale más que yo y los más de diez años de diferencia me pesan tanto en el alma, que bendigo la vida para que ella sea feliz, y bendigo la muerte para que me lleve de una vez por aquel sendero que conduce a la verdadera felicidad y no a estas estúpidas parodias que tanto mal nos hacen.

Pero, ¡tú tienes la culpa!, ¡tú y solamente tú! ¿Quién te manda a jugar con mis sentimientos? Hace meses que he intentado poner distancias entre su educada amistad y mi devaluado sentimiento. No he podido; es más, parece que no me dio la gana de hacerlo ya que por tu culpa, Corazón, mi ser entero necesita de su presencia para sentirse confortado. Y es que a fuerza de intentarlo, he logrado destruir dentro de mí una serie de mitos y tabúes con tal de ser agradable a los ojos de ella, y aunque a veces lo conseguí, generalmente caía en el aburrimiento y el hastío. Y las muecas que en su rostro se dibujaban eran tan elocuentes, que no podía menos que darme a la fuga. Mas, por amor propio, me quedaba, a sabiendas de que mi estadía iba a ser incómoda, tanto para ella y los que la rodeaban como para mí, que en esos mementos renegaba de mi origen por haberme hecho no merecedor de ella, sino tan sólo el receptáculo de sus migajas de conmiseración y lástima.

¿Viste, Corazón, que solamente en un papel puedo transcribir parcialmente lo que no me atrevo nunca a decir a cualquier oyente profano? Entonces, ¿por qué, decime, por qué? Si yo ya había asumido con filosofía mi destino aciago, había asumido con serenidad el

peso existencial de mi fracaso en todos los campos habidos y por haber, tenías que venir a destroncar lo que me había costado tanto recomponer. Si bien mis heridas todavía me dolían, seguí adelante cargando mi k'epi de frustraciones y sueños no realizados, pensando no ya en mí sino en un ser perdido en la nada que buscaba su futuro entre el gentío. Pero, ¿qué fue realmente lo que me ha pasado? Estas noches he divagado mientras descansaba mi maltrecho cuerpo sobre el piso indolente del salón, donde, voluntariamente, yo me sometí a una especie de arresto domiciliario para no ir a embrutecerme más aún.

¿Sabes? Creo haber llegado a varias hipótesis... Mira, esa especie de necesidad de sentirme —en mi vejez— amado, puede que haya despertado mi devaluado sentimentalismo, confundiendo amistad con algo más intenso y profundo, mientras que su innato desprendimiento afectivo haya sido totalmente tergiversado por mí. Sí, ése puede ser uno de los motivos, porque soy tan falible en esto de los sentimientos que fácilmente por ese lado me pueden hacer talco y, si no tomo mis recaudos, ¡ya era el Víctor Hugo! También puede ser ese carácter tan especial que ella tiene y que desde aquel fatídico sábado veintiséis de junio, cuando la conocí, quedé perdidamente atado a ese encanto que no sé sinceramente si me causa doloroso daño o alucinante éxtasis. Y es que, en todo este Vía Crucis que estoy atravesando, siento que mis heridas nunca cicatrizan con tanta facilidad como cuando estoy al lado de ella, tan al lado que un beso suyo en mi mejilla que me despeina los pensamientos, basta para reconciliarme completamente con el mundo. En esos instantes, soy igual a un gusano, porque me arrastro por los suelos, infectando el piso con mi desvencijado cuerpo.

Pero, ¿por qué caí encandilado ante ella? De que es bonita, lo es, y más aún todavía, cuando su eterna sonrisa

te reconcilia hasta con el vientre que en momento aciago te concibió para hacerte escarnio de burlas y desprecios. ¡Es verdad!, esa su sonrisa te devuelve las ganas de vivir, y como los celos —tenían que ser ellos— me devoran, solamente puedo estar tranquilo en las horas en que ella está al alcance de una llamada telefónica. Pero, después, cuando su imagen se pierde, quién sabe dónde, Corazón, ¿sabes —o al menos te imaginas— qué malditos pensamientos vienen a rondarme el cerebro? Y muero pensando que tal vez es otro quien saborea sus palabras, bebe sus besos, se extasía con sus sueños. Muero mil veces al no saber cómo terminar este calvario.

Ya viste, hermano Corazón, que entre ambos hemos reabierto heridas que no sabíamos (¿o sabíamos?) si habían o no terminado de cicatrizar. Por eso, cuando han pasado más de noventa y tres horas de su indiferente despedida, cuando han pasado mas de mil siglos en que yo persisto en vivir dentro de mi lóbrega soledad, cuando han pasado más de mil eternidades en que desespero por tenerla, me hace tanta falta su presencia. A la vez no quiero verla, porque mi pobre pobreza puede terminar de espantarla. Mientras tanto, otros gavilanes -alguna vez ella lo manifestó- acechan su vuelo, y yo, un pobre gil que ni ropa para cambiarse tiene, no puedo aspirar a tanto. Es más, ni siquiera puedo soñar (dormido o despierto) con la posibilidad de, aunque sea por una única y exclusiva vez, probar, o tan sólo rozar, con mi aguardentosa boca, esos labios... A veces no quiero verla, y me alejo de allí, y cuando la recuerdo, al instante recobro la cordura y presto voy a buscarla, generalmente borracho; el sólo mirarla con mis ojos vidriosos y sentir el suave trino de sus palabras es mas alimenticio que el maná celestial, y yo ya estoy para la foto.

Qué crees, Corazón, ¿seguimos haciéndonos daño al recordarla, o. en el mejor de los casos, la paramos? Aunque

sé que el día de mañana nuestros caminos volverán a cruzarse y, ¿sabes?, yo intentaré ser fuerte, y con mis opachistes salvaré el walk o ver y aún así, créeme, Corazón, cómplice y mal amigo, gracias a vos nuevamente he descubierto que la vida, con todos sus problemas e inquietudes, bien vale la pena vivirla; y que, si nos aplazamos, nos queda la opción del desquite, del redesquite, y por si fuera poco, del recontradesquite.

Delirium tremens

No hay sol, tan sólo brumas viven alrededor y dentro de nosotros. La luna está al alcance de un telescopio, mientras sus eternos amantes, los poetas y los perros vagabundos, lloran su despecho, los unos embriagándose con alcohol y amarguras, y los otros, recibiendo puntapiés en sus cuartos traseros.

Yo nací poeta, pero me parieron encima de un camastro donde muchísimas parejas clandestinas se habían revolcado amándose. Mas, este detalle no tiene importancia porque, quejándose, uno desmerece al poeta que lleva adentro y sólo consigue llenarse de autocompasión y desventura.

Entonces, elevé mis pasos hacia las alturas, buscando entre las estrellas aquella felicidad que no figuraba en ninguna de las páginas del diccionario. Paseé mis manos resecas sobre desiertos cubiertos de piel, tratando de encontrar la ternura que tanta falta me hacía. Besé bocas desdentadas de mujeres más viejas que el olvido, y en ellas hallé soledades que no querían ser compañeras de una soledad tan absoluta como la mía. Mendigué comida y tan sólo huesos me dieron. Supliqué un poquito de agua, y en mis labios resecos se estrellaron líquidos tan amargos, que su hedor no hace juego con el que mis poros exudan.

Para entonces ya conocía las caricias etílicas que en mí despertaban los placeres que, desde feto, no había expe-

rimentado. Esos placeres me quitaban el miedo a lo desconocido. Un miedo que me había hecho conocer comisarías, cantinas, prostíbulos, golpes a traición, huidas anticipadas; noches sin techo, sueños sin lecho; paseos interminables buscando la madrugada; besos clandestinos, besos no clasificados; amigos de lo ajeno, voladores etéreos con químicos fantasmales, pedigüeños de centavos que necesitaban matar hambres ancestrales, cargadores de gulas ajenas; perdedores, perros que afilaban sus caninos en mis pantorrillas; basurales donde, con otros desgraciados, quemábamos basura para adelantar fogatas sanjuaneras; compañeros de infortunio que sólo necesitaban de mí un simple oidor de sus silencios tan elocuentes.

Y aún así, yo seguí bebiendo ilusiones y esperanzas. Soñé con Dios y acabé conjugando con el diablo. Me hice querer y terminé siendo odiado. Y en el fondo de este paroxismo, muchas, muchísimas veces, con un tenue sabor a derrota, desperté echado en cualquier lugar, como los desperdicios que los malos vecinos echan en las calles.

Muchos golpes recibí y no hubo manos samaritanas que vengan a restañar las heridas que aún me duelen, y cuando el Destino se acordó de mí, sembrando en mi interior soluciones definitivas, elegí el camino que me ofertaba, y tres veces tres acabé fracasando.

Le escribí al Amor y me arrepentí, porque yo no lo había conocido. Le dediqué mis versos al Dolor y él se ensañó aún más conmigo. Hablé, a través de mis versos, con Felicidad, Fe, Caridad, Bienaventuranza, Esperanza, Sinceridad, Confianza y otras bellas divinidades, y todas ellas me hicieron saber, en una noche fría y tormentosa, que jamás se meterían conmigo. Entonces corrí frenético hacia Amistad y ella fue la única que se apiadó de mí, mientras, adrede, me alejé de su lado, pues creí que ella también me golpearía...

Retorné a mi infierno y aumenté sus llamaradas quemando mis intestinos, haciendo arder mi alma, reduciendo a cenizas mi espíritu, calcinando mis esperanzas, carbonizando mis pensamientos, sacrificando mis versos, tornando humo mis palabras, secando mis recuefdos y ennegreciendo de hollín las montañas del horizonte.

Y trastroqué el jíresente y el olvido, el ayer y el futuro, el placer con la amargura, la piedad con el sadismo, el bienestar con la maldad; la coma con el punto, el aymara con el quechua, como si no supiera que, aparte de ladrar como los perros, yo era poeta, y nadie entendía ni un carajo qué era lo que había pretendido plasmar este poeta.

Y mi mente se volvió lúcida: conocí fantasmas, delirios, visiones, "perseguidoras", cadáveres, silencios bulliciosos, sangre, sudor frío; dolores ficticios, dolores auténticos; confusiones, interrogantes, caos, miedos. Temblaba mi cuerpo, y ese temblor se negaba a salir a través de mis poros. Y mi mente, mi pobre mente que sólo sabía de poemas, se volvió loca, y yo, poeta bueno y solidario, me solidaricé con ella.

Desde entonces Ambos buscamos la lucidez perdida, mientras persistimos en quemar todavía lo que aun no se había extinguido, como la poca sobriedad que se niega a ser echada al olvido. Que sean otros elixires, más ardorosos y destructivos, los que me hagan olvidar que en mí no hay más lucidez, que la locura me hace ver estrellas donde para los demás no hay nada.

Me orino de miedo mientras ellos me miran y mueven torpemente sus cabezas como si pensaran: "A este loco, el alcohol le esta trastornando..." Pero, yo no estoy loco, nunca dije que yo era loco o algo parecido. Yo estoy consciente y, como poeta, en verso les digo: "No dejéis que fauces apocalípticas os acechen, no dejéis que el invierno torne vuestro sol en luna misteriosa; no permitáis que vil guadaña

como a mies os coseche, porque entonces vuestra fe será arrancada como desvencijada rosa."

No me digan que mis ojos están regando mis mejillas. Eso no es así. La artera lluvia es la culpable de este estropicio, y por eso yo río y río, aunque etílica saliva fluya por donde dientes me faltan. Los avatares del infortunio me han conducido a este extremo y por eso estoy vagando por cualquier parte, lagrimeando mi lucidez y mi cordura, temiendo que alguien o algunos vengan a destruirme para robar mi poesía, para hacerme mal mientras observo el firmamento, para terminar conmigo aunque nunca les hice daño, para herirme y torturarme. (¿Saben?, todos aquellos que me están mirando son malos y siempre me han vigilado).

Mi indiferencia les ha dolido tanto, que quisieron que yo cohabite con la muerte, mi hermana gemela, para así apoderarse de su guadaña, de plata su mango y repujada en oro su afilada azada. Quieren matar a mis hermanos perros, hermanos carnales míos y de Francisco de Asís. Les falta tiempo para elucubrar sus concupiscencias y hacerme carne de cañón para experimentar el odio sádico que me tienen por ser poeta, mientras ellos tan sólo son simples mortales.

Por eso les tengo miedo; los miro y sin querer tiemblo. Ellos mueven las paredes con las que pretenden aplastar mi poesía. A mi día lo vuelven noche y evaporan mi sangre emblanquecida y etílica para que no les cante a mis amadas, a esas flores púberes que se sonrojan en los jardines. Para que no les cante a mis amores que se marchitan en los floreros de templos y abadías. Para que no ensalce a mis amantes, quienes, cuando pretendo acariciarlas, llenan de espinos las palmas de mis manos. Para que no me alabe a mí mismo por ser lo más indigno de la creación, y ellos, mis enemigos, los ángeles más bellos.

Pero ahora estoy temblando. Por mi cuerpo recorren miles de gusanos; están en mis dedos, en mi pecho, mis piernas, mis venas, mis carnes, y me están devorando. Me están comiendo vivo y se están tomando mi alcohol y comiéndose mis poesías, recorren por mis venas cual turistas, cual verdugos, cual sádicos, cual hambrientos. Y se reproducen, y yo me rasco con fuerza y eso umenta su número. Me revuelco en el suelo y ellos crecen; me golpeo contra el piso y las paredes y ellos crecen; puñeteo el suelo y aumentan; y no puedo gritar porque se han tragado mi lengua, no puedo pensar porque ya han devorado mi cerebro... Y ya no soy poeta, sino, tan sólo una colonia infestada de gusanos.

Gracias a una de mis poesías, una de mis manos invadidas agarra un cuchillo del suelo. Lo empuño, lo aferró con débil fuerza y me doy un tajo en las piernas y los gusanos siguen aumentando; abro profundos surcos a lo largo y ancho de mi cuerpo tiñendo de rojo el piso, y ni uno de ellos se da por aludido. Con las pocas fuerzas que me quedan, los busco por todo mi cuerpo: no los encuentro, pero ellos siguen aumentando. Y cuando uno de ellos, el mas osado, toca mi corazón, mis débiles manos apuntan con el cuchillo y, sin medir consecuencias, lo clavan en él, y de lejos, de muy lejos, siento la agonía del gusano, y sé entonces que ellos me han derrotado.

¿Lustro, joven?

Contra lo que digan y escriban los fabulistas, poetas y cuentistas infantiles, el niño que en este momento me está lustrando mis zapatos descachados, es en realidad un anciano disfrazado de mocoso. En sus ojos no existe la más leve huella de la inocencia, y en su rostro hay un rictus de amargura tan palpable que ni su fingida alegría puede ocultar.

Sus manos pequeñas, percudidas por tintas, cremas de calzados y suciedades, manejan con tal destreza las escobillas, que un profano no puede imaginar siquiera que esas escobillas son los juguetes que la vida le ha obsequiado y que si él las maneja con presteza y agilidad es porque a esos "juguetes" los ha llegado a querer con intensidad, puesto que sin bien no le sirven para jugar, por lo menos le ayudan a ganarse los centavos necesarios para comprarse un escuálido plato de comida.

Esa suma de dinero no creo que le ayude con el tiempo a construir una fortuna, porque, como el cambio fiduciario representa algo así como cinco centavos de dólar, esa suma no sirve de nada; pero, como la impotencia reprimida es la creadora de los paraísos artificiales, él ha aprendido que reuniendo el equivalente de tres pesos, puede comprar un pomo de thiner y así escapar de su micromundo existencial

para alcanzar el macrocosmos de lo irreal, absurdo y fantástico.

Una vez que ha terminado su trabajo, con manos expertas guarda en el cajón sus herramientas de laburo.

Sabiéndome cómplice involuntario de su hazaña, saca de un escondrijo un pomo pequeño y tras mirar a ambos lados y no advertir nada sospechoso, lo abre con manos imprecisas y se lo lleva a las narices. Un "Ah..." satisfactorio escapa de sus labios después de haber respirado parte del contenido del pomo y cuando comprende que yo estoy enfrente suyo, con esa ingenuidad que existe en las almas prematuramente envejecidas, me alcanza el pomo al tiempo que dice: "Échele*un tantacito de k'olo, que ya no va a ser tan tacaño, y de buena gente me va a regalar algunos quivos extras..."

Cuando este niño-anciano, un ser que no sabe de alegrías y bienaventuranzas, me ofrece un pasaje barato al universo etéreo donde no existen el hambre, el llanto, la violencia y el marginamiento, yo, llevado por mis estúpidas concepciones, me atrevo a rechazarlo.

Y es más, los veinte centavos que debo cancelarle por su trabajo, me están quemando los bolsillos.

El muerto mal asesinado

Aunque nadie nos había presentado, sentí mucha pena al saber que los esbirros del poder lo habían asesinado. Sí, porque a pesar de todo cuanto él había dicho —palabras ininteligibles para una sociedad hipócrita y metalizada — , me reconfortó saber que en mi país existía un hombre que vivió confiado en que algún día la paz y la confraternidad reinarían entre todos mis coterráneos.

Me imagino que su origen fue humilde y que sus padres, con todo lo pobres que eran, no tenían radio ni televisor y que por lo tanto tampoco tomaban coca cola; sólo así se puede explicar su total desprendimiento de todo aquello que se asemejaba a un bien terreno: el dinero, por ejemplo. Y el sentimiento fraterno que sentía por todos sus paisanos le hacía perdonar a quienes le hacían daño y sin ser masoquista, sonreía benévolo cuando recibía una ofensa. (Yo, en su lugar, si me hubieran hecho lo que a él, habría deshecho la sonrisa sardónica que alegraba las jetas de mis agresores).

Es verdad que la gente en nuestro país es muy habladora, tanto que, si hubiera un concurso de falsojuramenteros y sinvergüenzas, mis paisanos se llevarían el primer premio por unanimidad.

¡Claro!, sabiendo que este amigo —como vulgarmente decimos— se sacaba el pan de la boca para dar de comer al que tenía hambre, dijeron que era un glotón, amante de la buena mesa y de los tragos más añejos, y que era un fiesta chojopita porque no se perdía ni un solo prestarío, cumpleaños, matrimonio o bautizo, con tal de comer y beber a la manga; y como siempre estaba acompañado de sus amigóles, estos también aprovechaban para dedicarse a la dolce vita con todos los gastos pagados. Lo cual no es más que una vil calumnia, porque si habría que matar con la indiferencia a todos aquellos que hablaron mal de este amigo, funeraria "El Buen Morir" (que trabaja las veinticuatro horas y tiene entierros de primera, segunda, tercera y cuarta), no se daría abasto para satisfacer sus demandas.

Los fines de semana, por las noches, me gusta ir a los puteros, mejor dicho lenocinios, de Villa Fátima, para conversar con las amigas que allí tengo y que suelen exprimir los cuerpos y los bolsillos de sus clientes en combates personales cuerpo a cuerpo y a calzón quitado. Pues bien, cuando mis amigas no están muy requeridas, solemos echarnos unos traguitos a manera de amenizar nuestras conversaciones; y como al despedirnos acostumbrámos hacerlo con un beso en la mejilla, nadie puede decir que yo hubiera llegado a ese grado de entendimiento con ellas cama de por medio ni mucho menos.

A este amigo también le gustaba cultivar relaciones amistosas con estas señoras publicas e impúdicas —creo que ya estoy hablando en difícil — ; pero la gente que en todo lo que mira cree hallar maldad y morbosidad, divulgo el chisme de que él era un mujeriego, frecuente cliente de prostitutas y destroncador de hogares bien establecidos y que si estaba hablando con una mujer "x", siempre lo hacía con segundas intenciones.

A ver, díganme con franqueza, ¿a quién no le gusta echarse un traguito entre pecho y espalda? Creo que a todos, a menos que uno sea un sinvergüenza o mentiroso y diga: "A mí no me gusta nada que contenga alcohol" y sin que sus entenados se enteren, asista a las reuniones de alcohólicos anónimos para recibir sugerencias para dejar de beber.

A mí, en lo personal, y sin pecar de caradura, me gusta matar mis neuronas cerebrales cada vez que tengo sed; y del amigo del cual les estoy hablando, por el hecho de que alguna vez se tomaba unos traguitos, dijeron que era un dipsómano incurable, que tenía callos en los codos y en los dedos de tanto levantar la copa y que ni sometiéndolo al tratamiento con antabuz se lo hubiese podido rehabilitar. Todas estas macanas las divulgaron por el sólo hecho de que él, en cierta oportunidad y sin ser nombrado padrino de tragos, se fue a un matrimonio y se tomó unos drinks, y en esto se diferenciaba de sus detractores que cuando se intoxican lo hacen con "misiles" de alcohol metílico de 90° y, en el mejor de los casos, se beben alcohol de quemar para aplacar sus tenias alcohólicas.

Pasando a otro tema, al amigo en cuestión le gustaban los niños hasta el delirio; los adoraba, para ser más explícito, y no como algunos que yo conozco que tratan a sus hijos más como padrastros que como padres. Cuando caminaba por las calles, como si él fuera imán se le acercaban los mocosos y a momentos daba la impresión de que era una especie de guardería ambulante por la cantidad de niños que se reunían a su alrededor, los que escuchaban embelesados las historias que les relataba.

También lo acusaban de ser peor que los librecambistas y aduaneros porque, aparentando una pobreza franciscana, eludía pagar impuestos al Estado; incluso no falto un vidente no-vidente que aseguraba tercamente que nuestro amigo (digo nuestro porque tanto les estoy hablando de él que ya lo considero

también amigo de ustedes), tenía una cuenta bancaria en un banco suizo puesto que siempre aseguraba que era el hijo de un rey o un jeque árabe, y todos creían que poseía petrodólares con los cuales se abanicaba la cara.

Cierto caballero de cuyo nombre no tengo la menor intención de acordarme y que de antemano tiene la replata, esclavos, mujeres, animales y haciendas, se alegró sobremanera cuando se enteró de la muerte de este mi amigo, ya que lo consideraba un elemento desestabilizador del régimen imperante, porque pregonaba el cambio del sistema por otro mas humano, donde no existan ni opresores ni oprimidos; y que los bienes mal habidos de la plutocracia necesariamente tendrían que ser distribuidos entre los desposeídos. (Hay que ser honesto al afirmar que, al igual que el sujeto de marras, hasta ciertos religiosos se regocijaron, puesto que continuamente habían sido enrostrados por sus hipocresías y falsedades).

Sus peroratas sobre la imposición de un Estado solidario donde todos tengan lo suficiente, no fue del agrado de los que sabemos, y —sin ánimo de teorizar o lamentarnos por esto— compraron la conciencia de uno de los más allegados del amigo para poder echarle el guante, y tras llevarlo ante la justicia, condenarlo a muerte.

Por eso, como dije al principio, me dio mucha pena saber que los esbirros estatales mataron al único hombre que pretendió construir sobre los escombros de esta sociedad mal constituida, un mundo fraternal hecho a la medida de los corazones desapasionados. Pero —cosa rara e inexplicable— no tengo rabia porque se haya consumado esta injusticia, ni mucho menos dejo que la desesperación me envuelva con su nefasto laberinto, porque el amigo que fue muerto y asesinado, y cuyos enemigos creen ingenuamente que está bien muerto, se llama Jesucristo, y tengo la seguridad que va a resucitar al tercer día.

La Loca Esperanza

La noticia era escueta y por eso estaba relegada a uno de los rincones mas perdidos del periódico. Decía que en las inmediaciones del bosquecillo de Pura Pura, días atrás, los de la policía habían recogido el cadáver de una mujer que había sido descuartizada brutalmente por desconocidos, quienes actuaron con tal saña que la cabeza fue arrojada a cincuenta metros del resto del cuerpo. Muchas conjeturas nacieron en mi mente, las cuales deseché al instante y pasé a leer otras noticias que llamaron mi atención.

Muchos días después alguien me avisó que el cadáver descuartizado había pertenecido a la famosa Loca Esperanza, quien, desde sus años mozos, era una especie de torturadora permanente para quienes se aventuraban a salir a pasear con sus enamoradas. Con la mirada extraviada, solía perseguir a las parejas para increpar al varón el cumplimiento de supuestas pensiones atrasadas, que no habían sido canceladas para la alimentación de los crios que ella decía haber parido.

—¿Ya no te acuerdas de lo que cada noche venías a mi cuarto a encamarte conmigo? -gritaba toda desaforada a la víctima elegida—. Desde que ha nacido tu hijo vos no te has acordado de darme plata para la leche, y como la guagua mama harto, ya se me ha secado la leche de mis

tetas y todo el rato esta llorando de hambre, y vos, tranquilo te paseas con esta imilla, mientras yo tengo que pedir limosna para alimentar a tu hijo...

La Loca Esperanza tendría unos treinta anos. A pesar de que siempre vestía ropas sucias y pasadas de moda, por entremedio de sus harapos se podía adivinar que la naturaleza había sido pródiga con ella, motivo por el cual la mayoría de los artilleros de la ciudad la buscaban por las noches para encontrar entre sus carnes el calor femenino que tanta falta les hacía.

Sus pelos, eternamente hirsutos y despeinados, sumados a las lagañas que se enseñoreaban alrededor de sus ojos, le daban cierto aspecto macabro; y como los dientes centrales de su mandíbula superior estaban desarrollados en exceso, cada vez que ella reía, titilantes chorros de baba fluían de su boca mojándole la barbilla y el pecho. Su caminar era tan peculiar que el sólo oír el taconeo de sus zapatos apelmazados de barro, traía a la memoria el recuerdo de sus travesuras y hacía que los adolescentes ocultasen a sus novias para evitar el escándalo.

Al no haberse presentado ningún familiar a reclamar justicia para su difunta, el cuerpo fue llevado directamente a la morgue. Lo botaron en un rincón, esperando que apareciera algún estudiante de medicina que por un precio económico comprara la parte que necesitaba para profundizar en sus estudios. Nunca más se supo qué pasó con lo .que quedó del cuerpo de la mujer que hacía temblar a más de un enamorado en ciernes, y hasta los artilleritos que solían buscaila para compartir algo mas profundo que sus soledades, tuvieron que olvidarla, puesto que aparecieron otras mujeres que sin tener el cuerpo de Esperanza, por lo menos no eran dementes.

Lo primero que recuerdo de ella, es aquella noche en que, al volver de mi casa, pasé por detrás del mercado

Antofagasta, temeroso por lo avanzado de la hora y maldiciendo en mis adentros el atraso que me obligaba a inventar una excusa aceptable para evitar las reprimendas de mi madre.

Sería las diez de la noche y a pesar de que había luz de luna, no había noctámbulos por las calles. Pensé que era por causa del frío, pero, al salir entre los puestos de venta del mercado, sentí unos ruidos extraños, como si entre varias personas se estuviesen disputando algo. Mire por los alrededores y tras escrutar entre los escondrijos del mercado, a pocos metros vi una masa de cuerpos humanos. Instintivamente me oculté cerca de ellos y poco a poco reconocí a la Loca Esperanza, echada de espaldas en el suelo, con las piernas desnudas elevadas hacia las estrellas, soportando las embestidas del hombre que cabalgaba furiosamente sobre su vientre. Ella, ajena a todo, comía con avidez algo semejante a un sandwich.

Las nalgas desnudas del artillero parecían mostrar su protesta a los cielos infinitos por el olvido premeditado al que había sido condenado, sus movimientos eran tan furiosos y salvajes, que los demás, que esperaban su turno, o que se solazaban con el espectáculo, lanzaban gritillos solapados, al tiempo que se frotaban las manos nerviosamente.

Luego el hombre, desfallecido, cayó sobre ella, quien, ajena a todo, seguía comiendo lo que tenía en la mano. Se separó de ella y tras limpiarse su miembro con cualquier cosa, se subió los pantalones al tiempo que otro de los presentes dejaba caer los suyos y se abalanzaba sobre la mujer.

No sé cuánto tiempo estuve allí pero cuando salí de mi escondite y empecé a caminar como si no hubiese visto nada, fui sorprendido por uno de ellos, quien estuvo a punto de arrojarme con una piedra por metiche.

Muchos años después, cuando hacía mis primeras armas en las farras amistosas, un compañero de curso que para el colmo de los males vivía en mi zona, atenido a los tragos que se había tomado, me confesó que de adolescente había deseado muchísimas veces ir hasta el basural cercano a lo que hoy es el puente de la autopista a buscar a la Loca Esperanza para regalarle algunos pesos, o un poco de la comida que en su casa reservaban para alimento de su perro, y pedirle que por favor le hiciese la gauchada de abrir sus piernas para depositar en el interior de su vientre las ansias irrefrenables que su juventud le despertaban.

Esperanza era también famosa porque no pasaba un solo año en que no estuviese embarazada, motivo que era explotado por ella para sacar dinero a los incautos que tenían la mala suerte de pasar delante. Mi madre solía decir que Esperanza tuvo hijos desde que comprendió, en su locura, que para tenerlos sólo bastaba abrir las piernas y descuidarse. ¿Acaso fue por eso que muchos de los menores que conocí en el patronato tenían mucho de parecido con esta mujer?

Hay gente que se escandaliza al ver a una jovencita que camina por las calles vistiendo una mini-mini-falda, pero, para los vecinos de mi barrio (con excepción de las beatas que nunca faltan), no era escandaloso verla durmiendo su siesta o su cansancio, tirada en posición grotesca en una de las aceras, tostando la piel de sus posaderas desnudas con los rayos del sol que caían generosos. (Cierta tarde, era tan profundo el sueño de la Loca Esperanza, que entre los muchachos surgió la apuesta para ver quien era el que le hacía la broma más pesada. El dinero que se juntó para el ganador, se lo llevó mi amigo y tocayo, quien acercándose despacio hasta ella, le coloco en su entrepierna un enorme cartucho de papel, mientras la loca seguía durmiendo).

Sí, la noticia fue escueta; y esta noche tengo ganas de tomarme unos tragos para brindar por el eterno descanso de la que fue la Loca Esperanza. Mi compañera, que no entiende para nada mis pensamientos hechos palabras, me mira bobalicon-amente mientras sonríe y de su boca fluye una especie de baba, y sus dientes brillan a la luz de mis recuerdos...

Breve biografía de Alguien

Para Sofía Jenny

Al personaje que elegí para embadurnar estas páginas no he querido ponerle un nombre convencional. Podría haberle llamado Víctor, como si no supiera que en el santoral católico hay treinta y cuatro santos que llevan ese nombre, o tal vez Chang, cuando el Guinnes hace notar que una quinta parte de la población china lleva Chang indistintamente, ya sea como nombre o como apellido. Me pareció suficiente llamarlo Alguien porque así nadie se sentirá aludido y el alma de ese amigo descansará en paz.

Hace algunos años, cuando a la noche seguía el día, conocí a Alguien en un banco del templo de San Francisco. Inicialmente no me llamó la atención, estábamos robándole a la misa de siete el sueño que no habíamos podido conciliar horas antes. Los monaguillos se hacían de la vista gorda con nosotros, puesto que, en el momento de pedir limosna a todas aquellas personas piadosas que para tranquilizar sus conciencias necesariamente tienen que ir a escuchar la primera misa del día, aprovechaban para mirarnos de reojo, logrando que aquellas almas benditas aumenten el monto de sus óbolos y ofrendas.

Horas después, cuando hubimos limpiado las lagañas que persistían en adormecer nuestros ojos, Alguien y yo nos hicimos amigos sin que medie presentación alguna. No había necesidad de darnos la

mano puesto que teníamos muchas cosas en común: nuestro abandono nos dejaba en igualdad de condiciones y la permanente necesidad de cariño que padecíamos nos hermanaba de tal manera que no era necesario que el mismo vientre nos hubiera engendrado.

Desde ese día nuestras soledades se fusionaron. Alguien y yo aprendimos a hablar en singular, pero siempre pensando en plural. Nuestras constantes caminatas nocturnas, sin techo ni abrigo conocido, fueron llenando aquel vacío espiritual que el común de la gente suele llenar con religión, política o cualquier estupida vanidad y, así como aprendimos a reírnos de nuestros problemas, también aprendimos a llorar al unísono cuando la vida o cualquier humano hería nuestras sensibilidades.

Algunas madrugadas supuestamente primaverales, el conglomerado desordenado de la Creación solía cantarnos a Alguien y a mí hermosas bienaventuranzas por haber logrado romper el yugo marginal que nos ataba a nuestro pasado. Como Dios dispuso que no haya bien que dure más que dos segundos, cuando la noche cubría la ciudad y sus alrededores, esa señora, la noche, se ensañaba con nosotros de tal manera que no sabíamos con certeza cuándo era más mala: si cuando nos ilusionaba con sueños irrealizables, o cuando nos colocaba en el alma sus cilicios de fuego.

Mas, a pesar de esos inconvenientes nada reconfortantes, Alguien y yo comenzamos a hacer las cosas en común y una vez que las hubimos equilibrado, esas cosas comenzaron a marchar bien. Si ambos teníamos hambre, era uno solo el que tenía hambre y si acaso a ambos nos acosaba la sed, era uno solo el que sentía que se le quemaba la garganta. Como no hay mal que dure diez años, Alguien y yo vencimos la barrera de la amistad hasta alcanzar el

máximo grado de la confraternidad, tanto que Dios y el diablo tuvieron envidia de nosotros y cada uno de ellos, a su manera, empezaron a atacarnos.

Un pensamiento reza que si los libros de historia no estuvieran saturados de mentiras, serían extremadamente aburridos. Pues bien, no transcribiré las vicisitudes que tuvimos que soportar juntos para no manchar memoria alguna. Sólo escribiré que Alguien enfermó tan gravemente que ningún médico pudo hacer nada para salvarlo. Creo que hay que ser honesto en este aspecto porque la miseria crónica que padecíamos nos imposibilitó contratar médico alguno.

El día en que Alguien abandonó para siempre este mundo, dos alas angelicales cayeron de las alturas y fueron a sumirse en el fondo de una alcantarilla.

No hubo necesidad de enterrar a mi amigo Alguien. Tan sólo dejé que su cadáver se pudriese sobre el infecto camastro en el que estaba tirado y abandoné para siempre esa morada clandestina, vertiendo gruesas lágrimas como miserable ofrenda para el amigo que se me había adelantado en el camino. Tras cada lágrima caída sobre el piso, moría toda la vegetación a cien metros a la redonda, y los humanos comenzaron a enfermarse misteriosamente.

Han pasado algunos años de esto y nunca más volví al templo de San Francisco a dormir mis trasnochadas eternas. Prefiero vagar por las mojadas calles de la ciudad arrastrando mi soledad, tan pesada que ya le sacó una joroba a mi conciencia. Y es que recientemente he comprendido que mi amigo Alguien no era otro que el Ángel de la Guarda que el Destino había mandado para cuidarme y que yo, torpemente, lo llevé por el camino equivocado hasta eliminarlo.

La Mama

Bien hecho, este Gordo ya se estaba pasando de la raya; como sabe que él es el más mimado, siempre quiere salirse con la suya sin que le importe para nada que a los demás nos muerda o no el perro.

Ya era hora, porque la Mama siempre le da la razón y aunque ella sabe muy bien que es un mentiroso, cada palabra que sale de su boca, acompañada de un beso en la mejilla de la vieja, basta para que los demás seamos tratados como basura, y él, feliz de la vida.

Pero ahora ya no pudo salirse con la suya, hasta la vieja se ha cansado de sus chantajes sentimentales, El sopapo que le ha dado en la mejilla (yapadito con un hermoso pellizco), creo que ha causado más impacto que los golpes que en el video se dan entre Jacky Chan y Van Dam.

¡Pero qué flaquito era este Gordo cuando llego a vivir con nosotros! Parecía una personita de puro alambre. Cadavpaso que daba parecía que iba a ser el último y cuando la Mama nos servía la comida, sin decir nada miraba los platos con la esperanza de que el mejor servido sea para él. En el desayuno, sus ojos se le salían de la cara cuando la Mama le daba dos panes mientras a los demás nos tocaba de a uno.

Me acuerdo lo que nos contaba una madrecita en el albergue. Cuando a un niño le dieron un pedazo de pan,

éste se puso a llorar porque temía que, si empezaba a comérselo, se le iba a terminar mas rápido. Con el Gordo pasa lo mismo y aunque él es malo con ganas, en el fondo pero muy en el fondo es nomás buena gente porque las veces que me han sabido detener en la policía, era el primero en visitarme trayéndome algo de comer para después correr a buscarla a la Mama, y sea ella la que me lo venga a charlar, para que nuevamente me boten a la calle completamente libre, solterito y sin compromiso.

Es bueno el Gordo. Aparte de ser capo para la comida, ya lo vieran cuando en La Cancha, los días de feria, sus dedos dibujan los bolsillos y carteras de las cholas y las chotas. Automáticamente los billetes se le cuelan en los dedos, mientras las viejas están preocupadas por conseguir una rebaja y el Gordo se aleja de allí como si no hubiese pasado nada.

Todos los domingos son sagrados para nuestra familia, es decir, para la Mama, mis tres hermanos y yo. En la mañana, nos guste o no, tenemos que ir hasta la Iglesia de San Carlos a escuchar la misa de siete (al Gordo no le gusta este día, porque, dice, como es "dormingo", lo más correcto es que se quede a dormir todo el día). Después, ella nos invita api con pan en la ex Estación, para volver a nuestro cuarto y allí, a zapatear se ha dicho, porque como mis tres hermanos son enemigos, del agua pero no de la chicha, cualquier cosa menos bañarse.

A mí, la Mama no me toca para nada, sabe que si alguna vez intentara levantarme la mano, le puede ir muy mal puesto que como soy el hermano mayor también soy el que pone más plata tanto para el alquiler como para la comida. Pero para los otros tres su vida es triste, les guste o no, tienen nomás que reconciliarse con el agua, porque después del almuerzo (como cada domingo, ají de fideo con harto arroz y pollo), todos bien limpiecitos y

arregladitos nos vamos nuevamente a La Cancha, a los videos, para ver las ultimas películas de Van Dam, Brus Li, y otros caimanes, hasta las seis de la tarde más o menos.

¿Acaso no sabían que en los videos cada persona puede ver tres películas nuevitas por un solo pesito? Me extraña, dijo la araña; porque hasta los más giles saben de esto y aunque los que van allí no huelen mejor que nosotros y el olor a patas es terrible, sin contar con los borrachitos que solamente entran para dormir sus borracheras, uno la puede pasar bien, siempre y cuando sepa cómo hacerlo.

Con diez pesos la pasas bomba. Allí adentro, de rato en rato, te ofrecen en venta sándwichs de carne y huevo, helados de cincuenta centavos y un peso, hamburguesas, pipocas, refrescos en botellas a dos pesos, y frescos "ytipi" en bolsitas de nylon a quivo. La Mama siempre gasta sus pesos todos los domingos, porque como somos sus únicos hijos, nos trata como a tales, aunque hay días que nos trata como a entenados. Después, cuando salimos, ella se va hasta la chichería de doña Peregrina para tomarse sus chichitas charlando con sus comadres y nosotros podemos ir a pasear por donde se nos dé la gana, siempre y cuando no nos metamos en problemas. La Mama nos ha prohibido terminantemente que los domingos estemos recogiendo cositas que no nos pertenecen, porque, según ella, ese día hay que descansar y no hay que romper este mandamiento divino.

Es que a la viejita siempre le ha gustado sus chichitas y mejor si en sus farras de fin de semana está con sus comadres porque allí puede dar libertad a su lengua y se ponen a tijeretear en contra de vivos y muertos. Claro, yo no digo que eso sea malo ni mucho menos. Lo que no me gusta es que cuando ella está borrachita y entonada, se pone a llorar como madre soltera y a nosotros nos manda a la mierda y de yapa nos saca todas nuestras intimidades, como si los

vecinos tuviesen que saber qué es lo que leñemos que hacer para no morirnos de hambre.

Alguna vez alguien me dijo que a la Mama la vida le pagó de tal manera, que era una suerte para nosotros que ella nos hubiese aceptado como su familia. Hasta antes de que yo y mis tres hermanos vivamos con ella, sólo sabían que era una especie de resentida, que se encargaba de insultar a la gente y que todos los días se la pasaba tomando sus chichas, tironeándose por las calles y a veces hasta se hacia manosear con los borrachos con tal de que le sigan invitando en sus mesas a beber, porque eso era 10 único que ella sabía hacer: emborracharse sin medida ni clemencia.

Y además siempre he dicho que la Marna tiene iodo el derecho de tomarse sus chichitas los domingos con sus comadres, a que tenga que estar haciéndose manosear por cualquier borracho. Y es que hay cada tipo, que da bronca ver que por el solo hecho de haber comprado unas jarras pequeñas de chicha, se puedan dar el lujo de estar llaukarando a las chicas o señoras que están sentadas en sus mesas.

El anterior domingo nomás a uno de ellos le tuve que puntear en una de sus piernas porque, aprovechando que la Mama estaba borrachita, a su gusto le había estado metiendo mano y tal era mi bronca, que sin que me importe el escándalo, le achuré en una de sus piernas mientras mis tres hermanos se la llevaban a la Mama hasta nuestro cuarto.

La sangre le empezó a salir como si fuera pila. El piso se tino de rojo, no había ninguna diferencia entre el matadero y la chichería (¿les he contado que la Mama siempre nos lleva hasta el matadero a que tomemos sangre de toro negro, para que nuestra sangre se ponga mas fuerte?), y si no fuera porque me atajaron, al borracho ese le hubiese perforado su panza

como a anticucho y hasta le hubiese marcado la cara para que aprenda a respetar a la Mama que, por si no lo saben, no es una Mama cualquiera...

Bueno, como es de la Mama y de mis hermanos de quienes les estoy hablando, mi segundo hermano menor es el Choco. Aunque a veces la Mama me cuenta que el Choco es mayor que yo, no lo parece. A diferencia del Gordo, el Choco es nomás flaco y hasta parece que sus papas se han burlado de él en el momento de fabricarlo. Cuando camina por las calles parece que estuviera cargando su mochila, ya que anda agachado como si buscara algo en el suelo. Como es uno de los más habladores, de mal nombre le decimos el Mudo, en La Cancha, aunque eso de Mudo no le cacha para nada y si acaso alguna vez pudiera quedarse callado, sería un milagro.

Igual que el Gordo, el Choco también es capo para tratar con las señoronas de La Cancha. Cuando ellas se dan cuenta y lo miran buscando al culpable, éste pone una cara tan triste, que las señoronas buscan a otro posible culpable, no les entra en la cabeza que un chico tan flaquito haya intentado robarles la cartera.

Una noche en que estaba lloviendo como si el cielo se hubiese roto de repente, alguien golpeo la puerta de nuestro cuarto y cuando la Mama abrió, mirándola a los ojos, simplemente le dijo:

—Señora, ¿me puedo quedar a vivir en su cuarto? Sé robar un poco y de lo que consiga le puedo entregar a usted para el alquiler. De la comida no se preocupe porque como sea me las voy a estar arreglando.

Así era el Choco. La Mama se hizo a un lado y tras decide que entre, le hizo sentar en un banquito, mientras al Gordo le mandaba a la tienda a comprar dos pesos de pan y al más chibolo le decía:

—Desde esta noche este chico va a dormir junto a vos.

Con el Choco no pasó lo que con el Gordo, porque por más que la Mama le obligaba a comer un poco más que a nosotros, igual se quedó flaco. Pero es un buen hermano y creo que es el único que los días lunes, cuando nuestra vieja esta para el perro por haber estado dormingueando con sus comadres, le da su jarro de té con limón en la cama y se pone a pelar papas para la comida. Cuando notamos que la comida está rica, ya sabemos que ha sido el Choco quien ha cocinado. ¡Tiene buena mano para la cocina el desgraciado...!

La Mama también lo quiere al Choquito, aunque su preferido siempre ha sido y será el Gordo.

Pero, el más peine y salvaje de todos nosotros siempre va a ser el Chicolac, el más t'una que como locoto en sopa de vegetariano siempre nos está haciendo la vida menos triste, ya que oficialmente él es el payaso de la familia.

Si la Mama esta triste, el encargado de ponerle las pilas es el Chicolac, y como es el más chiquito, entre todos lo cuidamos y lo protegemos. Aunque también es el mas vicioso, porque se jala hasta dos pomos de clefa cada día, mientras el Choco y el Gordo, solamente se k'olean con uno.

A mí no me gusta la clefa. Antes volaba grave con la clefa, pero, desde ese sábado en que de volado me rayé como loco en La Cancha y de allí me llevaron dos días a la seccional de la policía, ya no quiero saber nada con la clefa. Claro, a veces uno se antoja y tiene ganas de enchufarle unos cuantos vuelos; pero, ni bien me acuerdo de lo mal que la pasé en la k'apacha, calladito nomás me hago el gil, y me dedico a hacer otras cosas.

Cuando yo fui a vivir a la casa de la Mama, el Chicolac ya había estado viviendo allí y como seguramente vio que yo tenía algunas semillas de

bigotes, casi sin darse cuenta, me saludó diciéndome "Señor". Por eso cada vez que se pasa de la raya y se pone engreído le recuerdo este detalle y ¡santo remedio!, porque se pone piolita y callaro nomás. Aun así fregado como es, se hace querer. Doña Peregrina me contó que un día los comerciantes de La Cancha querían colgar a dos polillas que habían sido sorprendidos robando en medio de las casetas y que cuando dos señoras trajeron a otro polilla más pequeño, la Mama (en ese tiempo nadie la llamaba de esa manera) se enfrentó valientemente con los comerciantes, logrando que el mas chiquito de los tres pueda escapar sin que nadie se dé cuenta.

Después, cuando la Mama estaba charlando con doña Peregrina mientras tomaba su chicha, apareció el Chicolac y acercándosele a su mesa, le puso encima un billete de cincuenta pesos y que si la Mama no le agarra de una de sus manos, el chibolo se hubiese escapado nuevamente. Esa tarde el Chicolac se fue a vivir al cuarto de la Mama en calidad de hijo y así nomás empezó a crecer nuestra familia. De mí no les cuento nada porque no vale la pena y aunque les contara, no creo que puedan entenderme. Hay cosas que yo mismo no entiendo, nos hacen sentir tal mal que tenemos que pensar en otras cosas para no terminar llorando como giles o cojudos.

Por eso, mientras me alegro de que la Mama le haya dado su buen queque al Gordo, cuando acaben los videos y con mis hermanos yo tenga que irme a pataiperrear por ahí, sin que los chicos me escuchen, le voy a pedir a la Mama que me permita tomarme unas chichas en cualquier otra chichería, menos en lo de lo de doña Peregrina. Porque últimamente estoy tan mal, que me da cierta cosa dentro de eso que los camotes sin suerte llaman corazón y como sé que la Mama me va a entender, quiero que ella me explique concretamente que es eso que llaman soledad

Mi más bello recuerdo

Cada vez que me acuerdo de vos, o en cierta manera de los dos, me invade una sensación parecida a la tristeza y la melancolía. Hasta las flores que se marchitan en el florero que vela la hermosura de tu escritorio, pierden su encanto, y de todo lo bueno que me quedaba de ti, hay que reconocer que no me queda nada.

Recuerdo que, cuando no habías cumplido los doce, ya te gustaba demostrar tu vocación de servicio a favor de las personas que así lo requerían. ¡Y vaya que bien lo hacías!, porque muchos de ellos siempre te solicitaban con tanta frecuencia, que llegué a pensar que entre tus antepasados estaban la buena samaritana o doña María de Magdala.

Mas no puedo reprocharte porque siempre he reconocido que, tanto tus padres como la naturaleza, fueron muy buenos contigo. A medida que pasaban los años y tú crecías y crecías, todos los hombres te miraban con la sensualidad asomada en sus ojos. Pero con sólo mirar tu rostro, todo pensamiento malo escapaba de ellos: tu expresión angelical bastaba para reconciliar a cualquiera con el mundo. ¡Tenías una expresión tal que hasta yo podía llegar a pensar que estabas predestinada a un altar o a engalanar las páginas del santoral!

Muchas veces mis oídos se ofendieron al escuchar las maledicencias, vituperios, chismes, comentarios, susurros, vilipendios y frases denigrantes en los que te hacían bailar que daba un encanto. Los epítetos mas ofensivos eran piropos al lado de las cosas que de ti decían las malas lenguas. Pero yo casi nunca les presté mucha atención, había leído que desde los principios de la humanidad las almas nobles fueron maltratadas y humilladas precisamente por su innata vocación de servicio al prójimo.

Recuerdo cuando cumpliste tus quince años. Estabas preciosa, enfundada en tu delantal blanco que mostraba que tú no eras una quinceañera cualquiera, sino que, además de estar de festejo, también cumplías celosamente con tus deberes de colegiala y que a la par de tu onomástico estabas cumpliendo con tus deberes estudiantiles.

Nunca como hasta entonces me había sentido tan feliz conmigo mismo. Hasta me dio una especie de orgullo estar en compañía de una chiquilla que, a partir de ese día, estaba entrando en la etapa de su juventud. Las rosas que te había obsequiado se marchitaban de envidia al ver que vos recién empezabas a florecer y las viejas y las señoronas se morían de espanto dentro de sus anquilosados cuerpos.

Tengo que reconocer que, venciendo susceptibilidades y remilgos, ese día me animé a robarte un beso en la mejilla, lo que me causó una serie de sentimientos encontrados y no podía determinar qué era lo que me pasaba.

Tus amigas y compañeras de curso, reitero, "tus amigas y compañeras de curso", que más que tener instinto de conservación cultivan el instinto de conversación, contribuyeron con sus habladurías a pretender mellar tu incipiente reputación con versiones tan disímiles que muchas veces estuve a punto de creer, por el lujo de detalles con que las engalanaban.

Y aunque nunca me he llevado también que digamos con las vejezuelas que conforman la Hermandad de San

Judas Iscariote, de la que tú también eras integrante, ellas, siempre que me encontraban por las calles (aunque yo hacía todo para evitarlas), se deshacían en halagos y congratulaciones por la sacrificada labor que cumplías llevando consuelo a toda persona abandonada y solitaria. Aunque —y esto era lo que me incomodaba—, muchos de ellos siempre necesitaban de tu compañía en horas de la noche, y sus solicitudes, por lo exageradas, rayaban ya en el abuso.

Durante muchas noches de insomnio, solía ponerme a pensar que acaso por haberte criado tan sólo en compañía de tu tía abuela, hizo nacer en ti esa preferencia hacia personas que te triplicaban en edad, desdeñando los juegos propios de tus años y dedicando tus sacrificios en pro de los demás.

¡Te veías tan tierna la tarde en que compartí —sin haber hecho mérito alguno— tu compañía, siendo envidiado por quienes nos miraban en aquel restaurante, que no daban crédito a sus ojos al ver a una persona tan intrascendente como yo compartiendo con una de las criaturas más bellas de esta ínclita ciudad de Chuquiago Marka!

Hasta el sol se puso verde de envidia al contemplarnos y en un momento dado tuvimos que llamar al garzón y solicitarle que nos preste una sombrilla para evitar que ese astro nos quemase el festejo.

Ahora que me encuentro, en contra de mi voluntad, sobre este camastro, pienso en la imagen religiosa a la que llaman La Bella en la provincia de Arani del valle cochabambino. Debe estar muñéndose de celos al saber que en la hoyada paceña hay una criatura mucho más bella y que tiene grabadas en una de sus mejillas las señales que le robé aquella soleada tarde de un treinta de febrero, cuando hasta las estrellas querían ver (sin que les importase que era de día) la emoción y el orgullo pintados en mi rostro.

No es que yo tenga el más mínimo deseo de descansar como un inútil cualquiera, tengo que hacerlo por recomendación médica. Para mal de males necesito mucho reposo y así dar tiempo a mi organismo a que se recupere. Esto me da tiempo para pensar en ti, que eres mucho más importante que los dioses del Olimpo. Pensando en ti, puedo regocijarme internamente, pero vos, que no vienes a verme, pareciera que me has olvidado. Porque supongo que sabes que estoy enfermo.

Siempre que pienso en ti, me invade una especie de amartelo o camotera, porque si bien el destino no quiso que yo sea el guardián o depositario de tus besos, a momentos tengo que felicitarme puesto que entre todos los tesoros que tengo, tú eres el más valioso y eso solamente lo podemos comentar los elegidos.

Lo que no entiendo es que el médico me haya diagnosticado un mal venéreo irreversible. Desde que tengo uso de razón, jamás de los jamases yo he estado en compañía íntima con mujer alguna. Nunca. Es más, hasta me molestaba si en el cine, en los periódicos, o en las revistas, veía mujeres desnudas. Ese tipo de detalles escandalizan la sólida formación religiosa que desde párvulo me han inculcado y esa era la razón para que yo me negase a compartir mi virginidad con nadie y solamente pueda hacer mi debut tras pasar por la iglesia y el notario.

No entiendo muchas cosas y eso me pone incómodo, aunque persisto en seguir solazándome con tus recuerdos. Porque tií me regalaste lo mejor que tenías (tu cariño, desprendimiento, amistad, nobleza y sensibilidad) para que yo, venciendo mis resquemores y susceptibilidades, me hubiera atrevido a profanar tu templo y pasar una noche contigo haciendo esas cosas feas que solamente los pecadores pueden realizar impunemente.

Cada hueso con su perro

Siempre sucede lo mismo. Cada vez que a uno de mis congéneres se le ocurre andar probando sus caninos contra las piernas o traseros de cualquier incauto, los paganinis siempre somos los que no tenemos nada que ver en el asunto. Y al final de cuentas, siempre tenemos que huir como perros, de las garras de los de la perrera o de los uniformados.

Para empezar, mi nombre es Diógenes y, por sí no lo saben, mi primer dueño fue un filósofo tan especial que, ante la falta de amigos, acostumbraba a charlar conmigo. Me hablaba de sus cosas mientras yo tan sólo le podía mover la cola en señal de comprensión, y fue tanto su empeño que, en pocos meses, yo entendía perfectamente sus palabras y hasta me daban ganas de decirle (o ladrarle) que, en algunos conceptos, él estaba equivocado.

Y no es que me esté mandando la parte. Por el contrario, mi humildad no me permite darme el gusto de vanagloriarme demasiado. Puedo caer entre las garras de los de la perrera municipal y todo por estar pajareando.

Ya les decía, ni bien termina un quiltro de sacarle lustre a sus caninos en cuanta carnecita encuentran a su alcance, todos pagamos, no los platos rotos, sino los pantalones rotos. En jauría salen a perseguirnos por calles y avenidas, mientras los de la Sociedad Protec-

tora de Animales están pensando en sus respectivos perrigree y a nosotros que nos muerda el perro — sin ofender a los de mi carnada.

Nuestras patas tienen que correr más que las de Cari Lewis. La cola tiene que estar mirando siempre a retaguardia, nuestro chuño tiene que buscar en el aire un lugar menos peligroso donde podamos escondernos y nuestras orejas se tienen que pegar a la cabeza para que no se nos resfríe el espanto. Mientras emprendo la huida me olvido de las enseñanzas que mi primer dueño me ofreciera, porque de por medio está la vida, aunque uno pierda familias enteras de pulgas y piojos en el camino.

Por este motivo, cuando estoy tomando un descanso después de haber gastado las piedras del camino que me vieron llegar a este lugar, dan ganas de ladrarle a la luna porque no es solidaria con nosotros, sus únicos amantes verdaderos. Ella tan sólo atina a taparse la cara con un mechón de nubes mientras nosotros no tenemos descanso ni de día ni de noche y debemos escapar como si fuésemos los enemigos número uno de la ciudad.

En momentos como éste, cuando las sombras de la noche me recuerdan el color oscuro de mi conciencia, pienso que, si bien insisto en caminar de cuatro patas y me empecino en buscar alimento en los basurales y mercados, me siento mas cómodo caminando de dos pies. Algo de razón deben tener aquellos que me conocen cuando afirman que yo soy el fundador del cinismo filosófico y que vivo en un tonel abandonado en las afueras de Atenas y que mi nombre, Diógenes, no es el de un perro cualquiera.

La hora no ha llegado

Cuántas veces te voy a repetir que tienes que tener paciencia si quieres llegar a volar hasta las estrellas!

No todos tienen la suerte de haber nacido con alas para remontarse a las alturas, mientras los demás humanos tan sólo tenemos que arrastrarnos como gusanos por la tierra, esa tierra hecha mierda, precisamente por los que tenemos que transitar por ella.

Ahora, cuando la anestesia que te han aplicado ya esta perdiendo sus efectos, vamos a tener que pedirle al médico que te mantenga en ese estado semiinconsciente, para que, poco a poco, asumas la realidad de tu estado actual y puedas comprender que tú tenías la suerte de poder remontarte hasta las alturas. Aunque, como ahora te han cortado las alas, todos tus vuelos los vas a tener que realizar sólo con el pensamiento.

Y es que entre todos hemos completado para que las cosas sucediesen de esa manera. Nos dio envidia que solamente tú hayas sido el privilegiado entre los miles de millones de mortales que afeamos la tierra.

Bohemio

Cada vez que lo veo caminar por las calles, me invade una especie de tristeza, porque se nota en su rostro una inquietud rayana en el amartelo y no hay palabras que puedan expresar la intensidad de su pena.

Sus pasos lo llevan a buscar algo entre las sombras de la noche. Su mirada se pierde entre las nubes que oscurecen más aún las noches sin estrellas de este villorrio, mientras sus labios musitan versos ininteligibles. Quienes lo miran, tan sólo atinan a murmurar que el pobre poeta ya está loco, loco y perdidamente enamorado.

Las plazas y parques han sido el escenario que eligió para cantarle a su amada, en silencio, todas las coplas que le salen del corazón. Sus ojos se han resecado de tanto verter lagrimas mezcladas de impotencia; la ausencia de ella hace crecer la necesidad de sentirla cercana y que su manto luminoso le brinde el calor necesario para esperar la nueva madrugada. Mas, ella no está presente para consolarlo en su pena y mientras la bocina del carro distribuidor de gas anuncia a los madrugadores que ya debe ser las cinco de la mañana, él emprende el camino de retorno hacia el cuchitril que le sirve de morada.

Causa desazón verlo vagar por las noches, frenético y anhelante. Su situación, aparentemente tan difícil de entender, es muy simple. Lo único que necesita el bohemio es verla a ella, a su enamorada, que no es otra que la luna esquiva, coqueta y casquivana.

Caramba, ¿no te acuerdas?

Te acuerdas de la muda, de aquella mujer que solía cobrarte el equivalente de dos tazas de café con pan para darte gentilmente lo que tu ñatita te negaba? No me digas que no te acuerdas si hace pocos días, cuando estábamos chupando como animales, me confesabas que habías llegado a ser tan buen cliente de ella que muchas de las veces que ibas a buscarla sin tener plata en los bolsillos, ella se te entregaba al debe, y vos le pagabas posteriormente en género, vale decir, con las ropas que a tu madre y a tus hermanas les robabas.

¿Acaso no recuerdas que muchas veces hasta me llegaste a asegurar que estabas profundamente enamorado de ella y que te reventaban las pelotas cada vez que te acordabas que, así como vos te encimabas sobre ella por unas monedas, también existían otros varones que hacían lo mismo? Porque has de saber que hasta el Panfilo, sí, ese mismo que bota día por medio la basura de tu casa, hasta él le ha fruncido el trasero las veces que le ha dado la gana, con la diferencia de que el Panfilo, como no tenía ni pulga que le pique, calladito le daba las monedas necesarias para que la muda no se muera por la falta de un jarro de café con dos panes.

No me digas que te has olvidado, si hasta quisiste tatuarte en tu brazo dos corazones que significaban tú y

ella. No entendías que el corazón de ella, al igual que su dueña, no podía articular emoción alguna. Claro, yo sé que generalmente ante los sentimientos no hay razonamiento alguno, pero, muchas veces tuviste que convertirte en "vende cositas" haciendo desaparecer cosas de tu casa para buscarla y poder ir hasta el chume de San Jorge y cabalgar sobre ella entre los matorrales, mientras pensabas (de borracho, varias veces me lo contaste) que así realizabas eso que llaman "amor desapasionadamente carnal", y ella tal vez pensaba tan sólo en un jarro de café con pan.

¿Cómo es posible que la memoria te falle de esa manera, si hasta llorabas como cojudo las veces que ibas a buscarla y no la encontrabas; o si la encontrabas era que estaba jineteando con un k'epiri, y vos meta a sufrir de puro celoso, porque —me imagino— te dolía más lo que a la muda se la estaban ensartando tanto por la vanguardia como por la retaguardia? Las veces que tuviste ganas de matarte, porque laceraba tu escuálido corazón el ser testigo cuasi presencial de esos hechos; ¿pero qué podías ofrecerle tú a ella, si todo lo que tienes son tan sólo tus pulgas, ya que hasta la fecha sigues de mantenido de tu padre?

¿Que mejor no te hable de esos detalles? Si vos has sido el que me ha insistido que hablemos de ella porque te gusta sufrir por ese tu romance imposible. No te quieres dar cuenta que ella es tan sólo una putilla de las más batatas que ante la carencia de un cuarto donde revolcarse, tiene que hacerlo a la intemperie, temerosa de que alguno de la policía la pesque in fraganti y que a su ocasional machucante le decomise toda su platita y ella se quede sin nada (o acaso con un carajazo), totalmente empapada de la parte de donde sabemos y con una makurca increíble por la incomodidad que le ocasiona su trabajo.

No me vengas con macanas. ¿Que esas cuestiones te son indiferentes porque agujero tapado agujero olvidado?

No es así la cosa, mano. Yo no iba a estar por gusto escuchando tus macanas y lamentaciones casi a diario y ahora me vienes con que lo que te he dicho realmente no me lo has dicho.
¿Que quién era esa tipa a la que cada rato yo menciono como a la muda? Cómo es posible que seas tan olvidadizo, si ella fue la que te desvirgó cuando vos creías que ese detalle tan sólo se arreglaba con un apretón de dedos al estilo "cinco dedos de furia", sin el temor de ningún contagio venéreo.

¿Ni aún así te acuerdas? Si hasta te llegaste a considerar el más capo entre los capos porque siempre me afirmabas que ella, sin decir palabra alguna, te enseñaba lo que en tus noches insomnes, en la soledad de tu cuarto, intentabas aprender mientras tus manos manipulaban tus k'alandarios.

Tienes que acordarte de ella porque incluso yo tenía que ser tu testigo cuando querías llevarla al altar para que sea la compañera de toda tu vida. Porque, como yo siempre he sido tu único confidente, todo cuanto hacías con ella (plata o ropas mediante), me lo contabas con lujo de detalles, como si la amistad pudiera ser confundida con el alcahueterío. Y aunque varias veces fui hasta San Jorge para conocerla, tienes que reconocer que nunca pensé en soplarle la nuca o reflejarme en sus ojos, porque como eres mi amigo, nunca quise decirte de frente mi opinión acerca de tus gustos.

Bueno, no te da la gana de acordarte, si ella es sordomuda de nacimiento tú eres olvidadizo de conveniencia. Pero déjame avisarte que ella, la muda, la mujer de la que prefieres mantener sus recuerdos en el vacío, está en tu casa. Sí, en tu casa, y se ha hecho acompañar por uno de los hermanos evangelistas y a tus viejos ya les han hecho entender que la guagua que ella carga en sus brazos, simple y llanamente es tu hijo. Sí, tu hijito, y es tan igualito a ti

que hasta tiene tu lunar en la barbilla y tus ojos de gato que tanto encandilaba a tus sirvientas.

Ya ves, cuate, si hubieses tenido más cuidado en lo que hace a tus recuerdos no estarías en este problema, porque, ¡ya lo conoces a tu padre, que cuando él dice una cosa, esa determinación se tiene que cumplir sí o sí! Por lo que me ha comentado tu hermana, está decidido que te cases con la muda, y cumplas como varón lo que ocasionaste por huevón y tu hijito no sea un niño abandonado y desvalido.

Y ahora —¡milagro, recuperaste la memoria! — creo que te vas a tener que resignar a la idea de renunciar definitivamente a tus planes sentimentales para con la gúalipolera —futura Miss Bolivia— de tu colegio. Porque, como conoces tan bien lo chismosa que es tu hermana, a esta hora todos los de tu promoción ya deben saber las lógicas consecuencias de tus devaneos eróticos con mujeres que no te pueden gritar tus hazañas en la calle.

Muchos tenquius, Llajtamasi

Se le agradece, compadre, que haya venido a visitarme a este mi humilde cuarto alquilado ____ que apenas tiene tres paredes. Yo hubiese querido recibirlo con los honores que se merece, pero como su llegada ha sido imprevista, va a disculpar por las molestias que el desorden le causa. Y es que desde que su comadre se ha ido buscando por ahí al hombre de su vida, el desorden, la desidia, la suciedad y el abandono han venido a ocupar el lugar dejado por ella.

Pero tome asiento, que es lo único tomable que le puedo ofrecer, ya que usted mismo ha visto que en este cuarto de dos paredes (la tercera pared esta a punto de jubilarse con la próxima lluvia), no hay ni pulgas para rascarse. Con decirle que hasta mi perrito, sí, el mismo que tantas veces usted quería comprármelo, me ha abandonado cuando comprendió que conmigo iba a morirse de hambre y de sed.

Mas, no le haga caso a este amargado que tan sólo en este instante lo tiene a usted para desahogarse un poquito, mientras me alisto un poco a modo de amenizar el panorama. Sí, hasta la radio se la ha llevado su comadre y lo único que escuchan las chicas de los calendarios de la pared, son mis quejas y mis lamentos.

Claro, seguro que le vamos a ir a echar unos tragullos infames para que yo pueda desembuchar todo el cúmulo de porquerías que me queman el alma, el corazón y cada uno de mis sentimientos. Pero no vaya a pensar que esa confesión va a ser una catarsis o algo por el estilo, por nada del mundo yo le tomaría a usted como mi paño de lagrimas, puesto que —me imagino— su persona también tiene su corazoncito y allí también deben haber penas que lo están haciendo t'anta.

Ya ve, así nomás son las cosas; cuando uno nace meado por el perro, hasta el perro lo abandona precisamente porque uno está meado. Con decirle que hasta aquellos que se decían mis amigos del alma me han abandonado. Nadie viene a preguntarme ni la hora porque hasta el reloj lo he perdido en una de mis habituales farras. Y para el colmo de los males, la vieja que dice ser la dueña de esta pocilga ayer nomás vino a amenazarme con echarme a la calle si no le cancelo los meses atrasados del alquiler, como si no se diera cuenta de que más bien ella debería pagarme a mí por cuidar que a nadie se le ocurra llevarse los adobes de estas famélicas paredes.

Y ahora que ya estoy listo, estimadísimo compadre, el único que no me ha abandonado en esta cochina calle, podemos irnos hasta lo del tata Pinto a tomarnos nuestros traguitos. Como ambos sabemos muy bien, si el trago no mata nuestras tristes tristezas, al menos puede servir para que nosotros 'matemos un poquito nuestras existencias.

(Ojalá pudiese decirle, compadre hijodep, que su amistad me está valiendo un bledo porque desde un principio yo sabía que usted estaba entusiasmado con su comadre y ahora la mantiene en un alojamiento donde cada noche va a darle su cuota parte de libidinosidad, sin importarle que yo esté sufriendo

como gil. Ambos sabemos muy bien que yo no puedo hacerle nada, puesto que, como sufro de impotencia, necesariamente tienen que ser otros los que la hagan feliz a ella, que ya está en edad de merecer, mientras que este su compadre, apenas puede cargar con los años que la vida le cargo encima y que tanto trabajo le cuesta sobrellevar.)

El crimen perfecto

Aunque nadie diga nada y ningún dedo me acuse, los periódicos han ocultado la noticia del asesinato de mi madrastra. Y es más, no existe ningún aviso necrológico invitando a moros (ella no era musulmana) y cristianos (tampoco era beata) a la gran farra gran, con motivo de la celebración de su velorio bailable que, supongo yo, tendría que estar amenizada por dos bandas: una banda de maleantes y una banda de vendedores del Barrio Chino.

Es que se puede decir que yo he cometido el crimen perfecto, porque mi delito no dejó huellas ni pruebas que me puedan incriminar y, a la larga, me permitirá caminar libremente por las calles mientras ella esté sirviendo de comida chatarra (era tan vieja la jovata esa) al asilo de gusanos que, desde que quedó viuda, fue cultivando en sus flácidas carnes.

Estoy seguro de que nadie podrá imaginar que a esa señora de dudosa reputación, yo la maté con mi indiferencia y contra este tipo de delitos no hay sanción penal alguna.

La plaza y el recuerdo

De allá lejos, para ser precisos, desde la cúpula del Parlamento, vienen diez cadavéricas campanadas para morir en esta plaza que, hasta ayer, fuera refugio de alcohólicos empedernidos y prostitutas en decadencia.

Del conglomerado de parias que moraban y asolaban por este sector quedan muy pocos, aunque lo correcto sería decir que no queda nadie. Tan sólo han venido a asentarse dos familias campesinas de esas que la sequía les hizo comprender que era mejor emigrar a las ciudades para dedicarse a la mendicidad y con las cuales el progreso está jugando a la modernización.

Algún alcalde seguramente pensó que era mejor demoler el no tan famoso Tambo del Conde de Viluyo y construir en su lugar una plaza donde los niños se puedan reunir para jugar. Y lo hizo bien porque antes, cuando el no tan famoso Tambo se erguía achacoso entre la basura acumulada por los vecinos, dominaban por estos lares especímenes de la calidad del Bata Corbatas, el Mongol, la Loca Berta, la Camba Artillera, el Humbertos, la Camba Pitillera, el Colazos, el Django, la Ojos de Gato, el Calaminas, el Llanero Solitario y otros más cuyos nombres escapan al registro de los historiadores.

El número exacto de esta gente jamás pudo ser establecido pero, si durante el día fácilmente se podían contar hasta veinte personas, por la noche esa cantidad se duplicaba o triplicaba.

En estos mementos, dieciséis chiquillos de ambos sexos ahuyentan con sus risas diáfanas aquellos espectros de antaño. Un profano puede ya imaginar cómo herviría de inocentes esta plaza, si los niños de los alrededores se enteran de su existencia, porque la plaza más cercana se halla tan sólo a novecientos metros de distancia y en esa plaza hay un letrero que prohibe a los niños su ingreso.

Antes, cuando mis contemporáneos contaban que era peligroso pasar por este lugar, no cualquiera podía ser admitido entre los espectros humanos que mataban sus horas y sus existencias bebiendo abundantes copulas de alcohol aguado.
Si bien es cierto que el cementerio no rechaza muertos, en este lugar se rechazaba a los profanos y tan sólo podían ser recibidos quienes estaban en proceso de autoeliminación mediante el camino del alcohol.

Alguien decía que el alcohol consumido en lo que ahora es la plaza, era suficiente como para causar desbarajustes ecológicos semejantes a los de Hiroshima y Chernobyl juntos.

Las dos familias campesinas ya se han marchado. Los que aún conservan la vestimenta típica del norte potosí no se fueron hacia San Pedro para vender sus bolsas pequeñas con limones. Los otros, a los que la ciudad les cambió la bayeta de tierra por el bluyín y la pollera, tras haber llenado bolsas nylon con pasankallas y porotos tostados se han ido para el lado de Chijini, llevando entre sus manos pringadas de suciedad, chucherías supuestamente alimenticias, que en nada se asemejan al arado de sus no lejanos antepasados.

Y mientras transcurren por un lado aquellas nuevas campanadas que vienen a oprimir mis recuerdos, me parece sentir nuevamente la presencia de la Loca Berta, quien, al igual que esa noche cuya precisión se pierde en el laberinto de mis pensamientos, me invita de una manera absurda a que yo me apresure en aceptar a ir a buscar un recoveco clandestino y atiborrado de sombras y, una vez allí ubicados, desahogar nuestras estúpidas pasiones animales, antes que nuestro alcoholismo nos suma en la total impotencia.

He contado mis canas y me cuesta creer que, a pesar del verano somnoliento, yo estoy completamente viejo.

Testamento

Ante la proximidad del momento en que yo deberé marchar en pos de horizontes más halagüeños y promisorios, y como dicen que es menester y obligatorio dejar a quienes se quedan con lo que no podremos cargar hasta nuestra fosa, me he visto obligado a redactar una especie de testamento donde haré constar, cláusula por cláusula, la manera en que mis "bienes" —es mi voluntad— deben ser distribuidos, cosa que, después de muerto, no hayan quejas, peleas, litigios o desavenencias que puedan enturbiar mi paso de este mundo al otro. Para expresarlo mejor, ya que en vida nunca me dejaron en paz —y conste que yo soy paceño—, quiero que al menos en muerto me dejen morir tranquilo.

Y a todo esto, cuando uno se va para no retornar, ¿por qué siempre tiene que dejar constancia de sus bienes? ¿Será para apantallar a los demás demostrando lo que uno tiene y los otros no? ¿Acaso es un formulismo que hay que llenar para acceder al Purgatorio?

Recuerdo los casos de aquellos carnales míos que, viviendo en paupérrimas condiciones y privándose aun de lo necesario, una vez difuntos hicieron conocer a los moros y a los que no lo son, que eran poseedores de ingentes fortunas que fueron aprovechadas por las primeras aves de rapiña que llegaron hasta esos botines.

Demás estaría el agregar que ellos fueron enterrados en fosas comunes y hoy tan sólo viven en el estómago de los gusanos que los devoraron, aunque ellos fueron más huesos que carne por las innumerables dietas forzosas a las que voluntariamente se sometían.

Hace mucho tiempo —según cuentan las crónicas— un avaro de esos, consciente del peligro que corría su fortuna ante la proximidad de su deceso, recibió el consejo de que, antes de morir, se la comiese y se la bebiese. Y él, ni cojo ni manco, hizo caso y, claro está, murió porque los billetes ingeridos le causaron tal congestión estomacal que su agonía, dicen, fue terrible.

Es por eso que, cuando aun me quedan fuerzas para redactar la repartija de mis bienes, los entregaré de acuerdo a las necesidades de mis herederos y las posibilidades mías. Empecemos.

Todos mis libros, absolutamente todos, los dono a la Biblioteca de Alejandría, puesto que como los he perdido irremediablemente, presumo que a ese lugar han ido a parar.

Aquellos libros que presté y no me los devolvieron, jojalá! les sirva de mucho a los amigos que, sufriendo de amnesia, no recordaron que dichos textos tuvieron un dueño original y si en un principio me sirvieron como guías y educadores, tengo la remota esperanza de que a ellos, a esos ex amigos, los saquen del estado de analfabetismo ancestral en el que yacen.

Los textos que me fueron robados, como ignoro a qué manos han ido a parar, quedan en calidad de perdidos, porque, ya que no pude hacer nada para retenerlos, menos puedo hacer para recuperarlos.

Mis pensamientos los cedo a la humanidad entera, no para que los aprovechen sino para que aprendan cómo en el más completo estado de abandono, un ser humano puede cultivarse y educarse sin pasar por

institutos, universidades, simposios, congresos, postgrados, maestrías y demás tucuymas.

Todas mis deudas se las dejo generosamente a mis acreedores, porque sabiendo que yo vine al mundo sin traer nada, ¿cómo voy a tener algo para pagar deudas a otarios y prestamistas? Ya lo decía mi ex amigo Ojo de Vidrio: "El deber es de caballeros y el cobrar es de cholos".

Además, ¿por qué tendría que pagar algo si no recuerdo haber recibido préstamo alguno? Lo que sí sé es que cada obrero es digno de su salario. Por lo tanto, lo único que hice fue cobrarme las lecciones que les di, pues, desasnándolos, los culturicé un poco (digo "un poco", porque tampoco puedo hacer milagros volviéndolos genios en dos patadas y un t'ajile) y ese tipo de vocación de servicio no tiene precio conocido.

Las pocas ropas que poseo son sólo para mí, porque si las cedo a alguien, ¿con qué voy a cubrir mis desnudeces? Tuve mucha ropa y gran parte la he obsequiado. Otras las presté y no me las han devuelto. Las más fueron "nacionalizadas" apenas yo abandonaba aquellos refugios espontáneos donde, en las noches y en los días, iba a reposar mi cansancio. Si bien en muchas oportunidades yo me jactaba de poseer buenas colecciones de prendas de vestir, también existen fechas como la presente, cuando las madrugadas me sorprenden vistiendo tan sólo una muda de ropa.

Por eso es que determino que mis pobres harapos los dejen conmigo. Que no se los lleven, que me permitan conservarlos. Aunque, claro está, si a alguna persona les son de utilidad todavía, se las entreguen, que yo, solidario como el viento que sopla por igual para los mortales, animales y minerales, creeré haber encontrado en ese viento generoso, el abrigo que cubra mis partes púberes y caliente mis anquilosadas extremidades.

A los que se jactaban y se jactan todavía de ser mis enemigos, les dejo mi perdón, con la certeza de que jamás tomé en cuenta sus malevolencias. Siempre supe que es mejor no vivir amargado colocando una venda de indiferencia a los ultrajes recibidos, perdonar agravios e injurias para reconciliarse con Dios y con el diablo y, por ende, con la propia naturaleza.

Mi pobre corazón, hecho pomada desde los tiempos en que éramos ingenuos y cándidos y con el que recorrimos los caminos de la frustración y el desengaño, lo dejo a todas aquellas personitas que se divirtieron hasta el cansancio con sus artimañas y juegos sentimentales. A esas personitas que supieron poner en práctica sus ardides y mañas femeninas, lastimando a su gusto mis pálidos estertores personales, para dejarme llorando mi desconsuelo en cantinas y chicherías donde entúpidamente yo moría ahogado en ingentes cantidades de licor, resucitando en medio de mi tragedia y volviendo a morir, mientras ellas, felices y contentas.

Sólo a ellas les pertenecen los guiñapos de mi devaluado corazón, los restos que quedaron de mi compañero de caminos y amaneceres. Si ellas, que fueron, son y serán siempre para mí las criaturas más bellas que poblaron la tierra, desean guardar leve memoria del único ser que las ha adorado como a diosas, desde donde yo esté, siempre irá para ellas una oración de agradecimiento porque, con sus besos, sus mimos y sus desdenes, sus burlas y sus palabras melodiosas, lograron darme el aliento y fuerzas necesarias para que yo persista en ese camino pedregoso de pretender ser amado, sin reconocer que amar era algo que yo nunca había aprendido.

Vocabulario

Bisnes	Inglés, business: Negocios. Negocios turbios.
Bluyin	Inglés, blue jean. Pantalón vaquero.
Callaro nomos	Callado nomás. Deformación del hablante aymara.
Cuate	Amigo de confianza, cómplice.
Chaqué	Potaje de trigo, típica comida cochabambina.
Chume Chuño	Matorral, lugar lleno de yerbas.
Destroncador	Papa deshidratada. Desestabilizador de un matrimonio amigo.
Drink	Inglés, bebida.
En dos patadas y un t'ajile	T'ajile: golpe. Expresión que significa "rápido".
Fiesta chojopita	Amante de las fiestas.
Gato	Ratero.
Gil	Tonto, incauto.
Pato	Negocio ilegal.
Funqui-funqui	Coito.
Hacer t'anta	Aniquilar moral mente.
Hijodep	Contracción de "hijo de puta".
Jovata	Mujer de avanzada edad. La madre de uno.
K'alandario	Calendario de bolsillo con desnudos femeninos. Celda policial.
K'apacha	Carga. Cargador.
K'epi. K'epiri	

Kolo	Thiner, chefa. Drogado
K´oclear	Tomar droga.
K´ullunas	Cigarillos ordinarios hechos a mano.
Llajtamasi	Persona del mismo lugar. Paisano.
Llaukarar	"Meter mano".
Machucante	Amante.
Mano	Hermano.
Mak´urca	Agujetas, cansancio.
Pasankallas	Maíz tostado.
Piolita	Tranquilito.
Polilla	Menor fármaco dependiente, aficionado a la clefa.
Presterío	Institución social que obliga a una persona (preste) a gastar en las fiestas religiosas.
Suturar	Pellizcar
Quivo	Dinero, generalmente 50 ctvs. o 50 Bolivianos.
Tenquius	Inglés, trank you: Gracias.
T´una	Pequeño.
Y demás tucuymas	Quechua, y todo lo demás.

Índice

Prólogo.....5

Allí donde los hombres ponen fronteras al Horizonte.....13
Radiografía de la noche.....21
El corredor de la Catedral 25
Soledad.....29
De dos es el olvido.....32
Babá.....34
Alcoholatum & Cía.....37
Las Carpas.....41
Cuento para alejar las tristezas.....46
Anti cuento primaveral.....48
A llorar al río.....51
Sueño de amor.....57
Carta personal a don Sata.....59
Hermano corazón.....67
¿Lustro, joven?.....72
El muerto mal asesinado.....74
La Loca Esperanza.....78
Breve biografía de Alguien.....83

La Mama.....86
Mi más bello recuero.....93
Cada hueso con su perro.....97
La hora no ha llegado.....99
Bohemio.....100
Caramba. ¿no te acuerdas?.....102
Muchos tenquius, llajtamasi.....106
El crimen perfecto.....109
La plaza y el recuero.....110
Testamento.....112